

LOS HOMBRES DEL MAL

burton hare

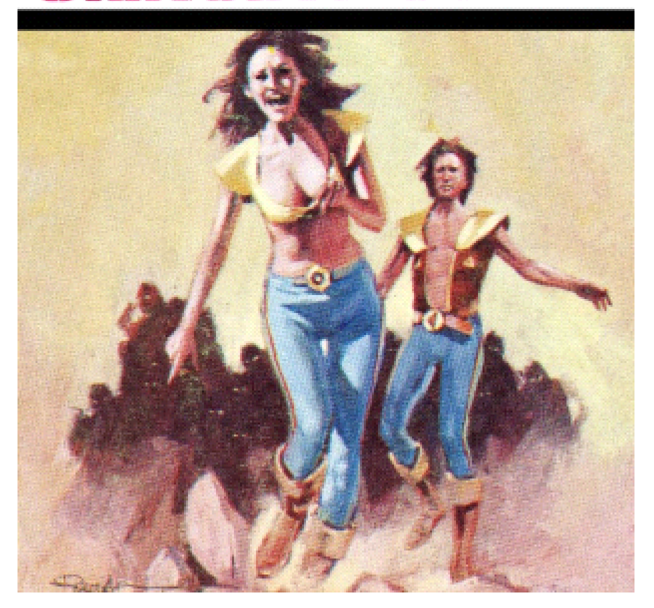
CIENCIA FICCION



LOS HOMBRES DEL MAL

burton hare

CIENCIA FICCION





ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

300— Islote en el Cosmos - ***Glenn Parrish.***

301—Objetivo: Destruir un mundo – A. ***Thorkent.***

302—Harén de terrícolas - ***Ralph Barby.***

1. — La comunicación - ***Marcus Sidéreo.***
2. — ¡Ovni! - ***Curtis Garland.***

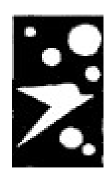
BURTON HARE

LOS HOMBRES DEL MAL

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.» 305

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 16.571 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: junio, 1976

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S A

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

PROLOGO

Teniendo en cuenta que la nave viajaba a veinte mil kilómetros por segundo, la visión que fugazmente pasó ante la pantalla del piloto fue por lo menos asombrosa.

A Vince Scott le pareció una leve sombra. Increíble, pero quizá producida por una avería de los controles de imagen del visor.

Porque «aquello» había sido como si otra nave, en el inmenso vacío del espacio, le hubiese adelantado a una velocidad que ninguno de los científicos y técnicos de la Tierra habíase atrevido a imaginar siquiera.

Vince ajustó los controles y tendió las sensibles hondas de captación del visor hacia la dirección debida.

Un puntito de luz titiló en la pantalla. Estupefacto, el solitario navegante de las inmensidades insondables se apresuró a buscar el punto de luz en el visor, guiándose por lo que la pantalla radarítica le mostraba.

El punto de luz se convirtió entonces en un objeto de brillante apariencia que se perdía en su misma dirección, y a una velocidad superior a la suya por lo menos en treinta mil kilómetros por segundo.

No podía creerlo.

Realizó apresurados cálculos por medio de la computadora.

No cabía la menor duda. Aquella «cosa» se desplazaba a cincuenta mil kilómetros por segundo en un espacio limpio de interferencias, en un espacio en el que no cabían errores.

La «cosa» ya había desaparecido de la pantalla y el piloto aún continuaba inmóvil, con la mirada fija en la brillantez del visor.

Cuando reaccionó se echó atrás en el asiento anatómico. Instintivamente comprobó que las imágenes hubieran quedado grabadas en la cinta de control del video y suspiró al ver que era así.

Le preocupaba la dirección de aquella especie de rayo plateado que le había adelantado. En toda su larga experiencia como navegante del espacio jamás había visto nada igual. Y le constaba que los

ejércitos de la Tierra no disponían de naves semejantes, y era en los ejércitos de control donde había los más sofisticados y veloces cohetes, tanto interceptores como astroespaciales.

Entonces, ¿de dónde procedía aquel que le había adelantado?

Porque no era un meteoro, de eso estaba seguro, también.

—De otro mundo —murmuró entre dientes.

Lo pensó un poco y sacudió la cabeza.

—Demasiado pequeño —habló de nuevo, con voz neutra.

Se había acostumbrado a hablar a veces en voz alta en sus largos viajes espaciales, cuando más profunda era la soledad que le envolvía en esas inmensidades sin fin de la nada.

Realizó unos ajustes en los controles automáticos, asegurándose de que la computadora regía certeramente el rumbo del poderoso cohete. Luego, recostándose hacia atrás se dispuso a descansar.

Pero aquella cosa extraña que había roto la monotonía del viaje le intrigaba. No podía apartarlo de su mente ágil y metódica.

Intentó olvidarlo por todos los medios. Necesitaba relajarse y descansar, pero todos sus intentos fueron vanos.

Entonces recurrió a un viejo truco. Pensó en Rhona.

Evocó el bellísimo rostro de la muchacha y se extasió con su recuerdo. Luego, su mente se recreó en las imágenes de la joven, en su apasionado amor, en sus dulces caricias, en su belleza semejante a una escultura de dorado alabastro...

No la había visto desde dos años atrás, cuando le destinaron a la base de Marte como instructor. Ahora regresaba y todo iba a cambiar porque estaba harto de la feroz disciplina del servicio, de acatar órdenes con las que no estaba conforme en la mayoría de las ocasiones... Y estaba harto también de la soledad.

No volvería a separarse de Rhona jamás.

Fue entonces que se quedó dormido...

* * *

La rutilante ciudad parecía desparramada a los pies del hombre

que la contemplaba a través del gigantesco ventanal. Los brillantes edificios, las pistas elevadas donde circulaban millares de vehículos silenciosos como sombras, las calles, allá, al fondo, con la multitud apresurada que semejaba un reguero de atareadas hormigas...

Todo parecía estar a sus pies.

Sin volverse preguntó:

—¿Qué deciden, caballeros?

Los cuatro hombres sentados en torno a la mesa cambiaron una mirada perpleja.

El hombre de la ventana giró poco a poco. Tenía un rostro amazacotado, rudo, de ojos extraordinariamente inteligentes, pero que al mismo tiempo expresaban una despiadada crueldad.

—¿Y bien? —insistió.

Uno de los reunidos dijo con voz insegura:

—Teóricamente parece factible. En la práctica es imposible, Metaixas. Y tú lo sabes.

—Al contrario. Sé que es posible. ¿Qué opinas tú, Peyton?

—Te daré mi opinión cuando te decidas a contarnos el resto.

Metaixas rió entre dientes.

—¿Kettisha? —urgió al otro.

Este era un hombre delgado, de rostro afilado y nariz prominente. Apenas hablaba si no era absolutamente necesario.

—Imposible —dijo.

—Bien, ya deberíais conocerme lo suficiente para saber que no me habría arriesgado a hablar con vosotros de no estar seguro de obtener éxito. Y lo obtendremos.

El primero que hablará gruñó:

—¿Aun a riesgo de una guerra?

Metaixas soltó una brutal carcajada.

—Mi querido Joannis Kalvos —barbotó, entre risas—. Ni a mí ni a ninguno de vosotros nos detendría una guerra si con ello obteníamos

el control del universo, o tan sólo de la Tierra. Estamos por encima de esos estúpidos sentimentalismos. Pero no temas, no habrá ninguna guerra.

—Entonces, déjame decirte que tu idea no es más que un sueño absurdo.

—¿Tú crees?

—No lo creo, Metaixas. Estoy seguro.

—Veamos por qué estás tan seguro… Habla, aunque sólo sea para confrontar tu opinión con las del resto de socios.

Kalvos le observó con sus ojillos astutos convertidos en dos rendijas.

Cuando habló al fin dijo:

—Desde la última guerra que arrasó la humanidad el mundo está regido por un Consejo. Se decidió así para evitar precisamente que los estúpidos nacionalismos mal entendidos del pasado repitieran la aterradora aventura de enzarzarse en más conflictos nucleares. De eso hace tantos años que ninguno de nosotros había nacido.

—Al grano. Todos hemos estudiado la historia contemporánea.

—No es de historia que quiero hablar, sino de los resortes de poder que están todos, absolutamente todos, en manos del Consejo.

—Sí, estamos de acuerdo en que es un ente impersonal y despótico. Pero son descendientes del primero que se fundó. Aquel primer Consejo Mundial reconstruyó una tierra calcinada, rigió los destinos de los supervivientes y se consagró a investigar para evitar las secuelas genéticas del contagio atómico. Hizo un mundo realmente nuevo, sus científicos descubrieron los nuevos materiales imposibles de destruir por las radiaciones, inmunes incluso a las explosiones de los artefactos entonces conocidos… Quienes rigen ahora el Consejo son sus descendientes y sólo una guerra total podría acabar con ellos. Y para una guerra habría que convencer a las masas y eso sería imposible.

—No necesitamos a las masas —dijo Metaixas, secamente.

—Entonces, has perdido el juicio. ¿Cómo sin las masas podrás destruir el Consejo, cómo sin ellas piensas que conseguirías llegar a la cumbre del poder? Habrías de seducirías, convencerlas, engañarlas. Y eso requeriría una campaña larga y dura, y sólo con que la iniciases el

Consejo lo sabría y te detendrían. Con mucha suerte puede que fueras deportado a las colonias de trabajo de Marte, pero mi opinión personal es que te ejecutarían sin más. Eso es lo que yo pienso. Si pudieras realizar una consulta a la gente de la calle, a las masas, verías que sólo uno de cada mil, y creo que exagero, estaría dispuesto a afrontar el riesgo de otra guerra. Quizá ni siquiera uno de cada diez mil.

—¿Has terminado?

—Sí.

—Bien, ahora voy a hacer una pregunta y quiero una respuesta concreta. ¿Está claro?

Sus ojos de reptil saltaron de uno a otro de los reunidos. Aquella mirada tenía algo de maligna, casi hipnótica.

—Demos por sentado que nosotros podemos asumir el poder en la Tierra, y con ello el control de las estaciones del espacio, y todo eso sin una guerra, sin apenas riesgo por nuestra parte. ¿Cuál sería vuestra decisión, aceptaríais, sí o no?

—Lo que dices...

—¿Sí o no? —repitió, tajante.

Todos cambiaron miradas asombradas e inquietas. Luego volvieron el rostro hacia el hombre de anchos hombros y cara rojiza y todos a la vez pronunciaron una sola sílaba:

—Sí.

Metaixas se enderezó con un suspiro de satisfacción. Había ganado, y ese primer triunfo era también un primer paso hacia el poder y la gloria, y la riqueza absoluta que siempre había ambicionado.

Se dispuso a dar el segundo paso sobre el que también había meditado larga y profundamente. Sabía que a la altura en que estaban las cosas aún podía dar marcha atrás. Nada sucedería. Pero en cuanto hubiera expuesto la segunda parte de su plan ya no podría volverse atrás. Ni él ni ninguno de aquellos cuatro hombres que le miraban expectantes, y si alguno intentaba retroceder... habría que matarlo.

Rodeó la mesa y con una extraña sonrisa en el rostro dijo:

—Sigamos adelante. Todos vosotros y yo estamos ya en el camino

del poder…

Acercó el cómodo sillón y se dejó hundir en él mientras buscaba la manera de enfocar el tema del mejor modo posible.

* * *

El viejo estaba sentado sobre el promontorio rocoso. Tenía muchos años y había visto infinidad de cosas a lo largo de su vida. Cosas buenas y malas.

Frente a él, perdiéndose en el infinito, se extendía el azul del mar. El amaba el mar. Buena parte de su larga vida había transcurrido sobre aquel lomo suave y ondulado y el mar le había mecido amorosamente.

El niño que estaba a su lado dijo:

—Cuéntame más cosas, abuelo.

—Nunca te das por satisfecho, ¿eh, renacuajo?

—Me gusta oírte.

—Y a mí me cansa hablar tanto.

—Sólo un poco más.

El anciano sonrió. El sol le acariciaba los huesos dándole vigor. Levantó la mirada hacia el firmamento y de pronto murmuró:

—¿Sabes que hay hombres allá arriba?

—Sí. Vuelan en naves planetarias. Mamá me habla de ellos, a veces.

—No me refiero a los hombres de la Tierra, sino a otros seres extraños que habitan lejanos mundos. ¿Sabías de su existencia?

—No, abuelo. Cuéntame.

El viejo suspiró, recostándose contra las rocas y dejando que su mirada soñadora planeara sobre el mar.

—Hace muchos años empezaron a aparecer extrañas naves en el espacio —dijo con voz lenta—. Las gentes se asombraron porque no

comprendían quién las tripulaba. Entonces hubo una guerra espantosa que destruyó la humanidad. Ya nadie volvió a preocuparse de aquellas extrañas naves, ¿comprendes?

—¿Qué es una guerra, abuelo?

—Claro, tú no sabes... Bien, ya nunca lo sabrás por experiencia porque ahora ya no pueden haber guerras. Pero entonces sí las había... Grandes explosiones atómicas, contaminación y muerte. Las ciudades desaparecían arrasadas y todos sus habitantes morían... ¿Lo entiendes?

El pequeño le miraba perplejo y sacudió la cabeza de un lado a otro.

El prosiguió:

—Cuando seas un poco mayor lo aprenderás en la escuela. Allí te lo explicarán mejor que yo. Pero yo no quería hablarte de las guerras, sino de los hombres de otros mundos.

—¿De Marte, abuelo?

—Los de Marte son hombres de la Tierra. Trabajan allí, y estudian las condiciones para explorar el infinito insondable del espacio... No, yo quiero decir seres que vinieron de mundos que ignoramos...

—¿Tú les viste?

El anciano sonrió.

No, mi pequeño preguntón, no los vi. Pero llegaron. Ya se habían terminado las guerras y el mundo estaba siendo reconstruido a marchas forzadas... Aquellos seres necesitaban ayuda según creo. Pero los humanos no se la concedieron.

—¿Y vinieron de las estrellas, abuelo?

—Sí... de alguna lejana estrella.

—¿Cuándo?

—Los primeros cuando yo era aún joven. Luego pasaron los años... me hice viejo y el mundo se hizo más poderoso cada día. Se exploraron la Luna y Marte... Entonces vinieron otros a intentarlo de nuevo, a pedir lo que necesitaban.

—¿Pudiste verlos esta vez, abuelo?

El viejo se echó a reír.

—Tampoco los vi. Se entrevistaron con el Consejo…

Su voz se extinguió. El chiquillo esperó un rato a que prosiguiera y ante el silencio del anciano le apremió:

—Bueno, ¿qué pasó, abuelo?

—Los mataron.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Los hombres somos crueles. El miedo nos convierte en despiadados… Tuvieron miedo, eso es todo.

—No me ha gustado esta historia —se quejó el niño.

—Cuando crezcas sabrás otras más desagradables todavía. Los humanos no tenemos remedio.

—Ahora no te comprendo, abuelo.

El anciano dirigió la mirada a aquel pequeño ser. El niño era toda su vida, el nexo de unión entre un pasado amargo y un futuro prometedor que él ya no vería.

Sonrió.

—Lo siento, pequeñín —murmuró—. Hoy no estoy inspirado.

—¿Qué es inspirado?

—Quiero decir que estoy torpe. Anda, vete a jugar a la arena. Pronto regresaremos a casa.

—Bueno.

El chiquillo se fue saltando por las rocas como un diminuto cervatillo, seguido por la plácida mirada del viejo.

Luego, éste levantó otra vez los ojos hacia los dos azules que se fundían en el horizonte. El azul del cielo y el del mar.

Fue en aquel instante que vio aquello. Era un puntito de luz plateada, como si una estrella despistada hubiera salido de pronto en pleno día.

Arrugó el ceño, perplejo. Lo que fuera descendía a una velocidad de vértigo, aunque tan lejano que al viejo le era imposible apreciar el

menor detalle del extraño objeto plateado.

Cada vez más interesado, siguió la centelleante trayectoria de aquella «cosa» que volaba recta al mar. Trató de recordar si alguna vez había visto algún cohete espacial semejante, pero fracasó. Era la primera vez en su larga vida que contemplaba un fenómeno como ése.

Y de pronto el puntito plateado acabó su recorrido en el horizonte y se hundió en el mar allí donde éste se unía amorosamente con el cielo. A pesar de la distancia, el anciano distinguió el gigantesco surtidor de blanca espuma que se elevó al aire, y que reflejó la luz del sol en millares de chispas brillantes.

Luego, el agua cayó y el mar volvió a convertirse en una superficie lisa, una línea recta y tranquila y el anciano hubiera querido tener menos años para navegar de nuevo…

Si hubiese podido navegar en las nuevas y veloces motoras propulsadas por turbina hubiera podido explorar el lugar de la caída.

Sacudió la cabeza. Se preguntó a quién podría informar de lo sucedido. Debería ser alguien que le creyera… y él sabía muy bien que eso no era tan fácil como parecía a primera vista.

Tal vez Rhona, o Madge, la madre del pequeño Stephen…

Se levantó, llamó al niño y emprendieron el regreso bajo la luz limpia del sol de otoño.

CAPITULO PRIMERO

El grupo de estilizadas viviendas individuales formaba un alegre conjunto sobre las rocas. Distintas unas de otras, no cabía duda que sus estructuras habían sido cuidadosamente estudiadas para formar un todo armónico, relajante y alegre.

El pequeño Stephen jugaba en el jardín de la que pertenecía a su abuelo y donde vivían él y su madre. Si levantaba la cabecita podía ver el jardín de su tía Rhona, pero ésta no estaba allí y el niño vigilaba muy interesado porque cuando tía Rhona llegara le traería el dulce de costumbre.

Oía las apagadas voces del abuelo y de su madre, pero no prestaba atención, ni comprendía nada de cuanto decían.

—Tu vista ya no es muy buena —decía su madre en aquellos momentos—. Es posible que no hayas visto otra cosa que un reflejo del sol poniente.

El viejo sacudió la cabeza.

—Mis ojos están perfectamente, y he visto un artefacto plateado hundirse en el mar. ¿Por qué no quieres entenderlo? Era una máquina, no un reflejo.

Su hija no pareció impresionarse. Madge era una mujer de gran belleza, alta y equilibrada, con una mente habituada al análisis, al examen frío y desapasionado de los problemas que se le presentaban a diario en su trabajo.

—De cualquier modo —dijo—, tanto si viste eso en realidad como si no viste más que un espejismo, ya poco importa. Lo que fuera se hundió en el mar. ¿Por qué estás tan exaltado entonces? No podemos ir nosotros a explorar.

—Pero tú podrías hacer que una patrulla marítima se interesara en el tema. Puede que haya hombres en esa máquina, condenados a morir bajo las aguas.

—Dices que lo que fuera cayó a una tremenda velocidad. El choque contra el agua debió ser espantoso... Nadie saldría vivo de un accidente así.

El anciano la miró con el ceño fruncido.

—A veces me pregunto qué tenéis los jóvenes de ahora en lugar

de corazón —gruñó, disgustado—. No queda siquiera fantasía. Sólo mentes lógicas.

—Como debe ser en un mundo tecnificado.

—Yo lo llamo de otra manera.

Ella rió, alegre, y alejándose comenzó a descorrer el cierre del breve vestido que llevaba.

—Ya conozco tus ideas, papá —dijo antes de desaparecer en su habitación—. Eres demasiado viejo para comprender las ventajas de nuestro sistema de vida… ¿Quieres dar un vistazo a Stephen mientras me cambio?

La puerta se cerró y el viejo se quedó refunfuñando.

Fuera se oyó un apagado zumbido. Tal vez Rhona le prestara más atención. Rhona no era como Madge. El anciano se dirigió a la puerta dispuesto a contarle a su otra hija lo que había sucedido.

Entonces vio a Stephen junto a un hombre alto, de anchos hombros y cabello rojo que vestía el llamativo uniforme de los pilotos espaciales y por unos instantes se quedó perplejo.

Luego creyó reconocerlo y se apresuró a atravesar el jardín.

—¿Vince? —exclamó—. ¿Vince Scott?

El joven sonrió.

—Yo mismo, Gaigern. Usted no ha cambiado mucho en estos años.

—Tú sí cambiaste, muchacho…

—¡Abuelo! —chilló Stephen—. ¡Tío Vince viene de las estrellas!

—¿Cómo lo sabes?

—El lo ha dicho. ¿No es cierto, tío Vince?

—Ajá. Casi de las estrellas. Estuve en Marte.

—¿Cómo es Marte?

—Desolado. No es tan bonito como la Tierra, no hay casas como éstas, ni jardines… Pero ya te lo contaré con más tiempo. ¿Cómo está tu madre, y Rhona?

—Mamá está en la casa. Tía Rhona aún no ha regresado.

—Rhona no tardará en llegar —dijo el anciano—. Te hemos echado de menos, Vince. Especialmente Rhona.

—Y yo a ella. ¿Cómo están las cosas por aquí?

—Como siempre… Nada cambia. Y eso es malo.

—Recuerda usted sus buenos tiempos, abuelo, ¿no es cierto?

—No sé si eran buenos o no. Pero eran por lo menos más humanos. La gente vivía más intensamente, con menos técnica. Decidían por sí mismos y luchaban por mejorar. Ahora todo está decidido desde las alturas, nadie tiene la menor iniciativa… Todo lo dan hecho, amasado y moldeado hasta las ideas.

Vince sonrió. Stephen trotaba a su alrededor, entusiasmado con el uniforme llamativo, con el ancho cinto y la extraña pistola que colgaba de él.

Cuando el piloto se disponía a replicar se oyó un suave zumbido y un pequeño y ligero *autoplan* flotó cerca de la valla hasta detenerse. Era un vehículo de pequeñas dimensiones, aerodinámico, que se deslizó por la entrada del jardín después de haber variado su sistema de propulsión para rodar por el suelo.

Vince vio la hermosa cabeza de la muchacha rubia en la cabina de burbuja. Sintió un escalofrío en todos los miembros porque había soñado tantas veces con ella que al verla ahora tan cerca le parecía un sueño.

Ella también le había descubierto. La cabina se abrió y Rhona brincó fuera del vehículo, precipitándose en sus brazos.

—¡Vince! —jadeó.

El la estrechó contra sí antes de besarla. Luego, sus bocas se unieron larga y apasionadamente y por un tiempo interminable el mundo dejó de existir para los dos.

Stephen les miraba un tanto intrigado, plantado al lado del anciano.

—Abuelo…

—¿Qué quieres?

—¿Tú crees que se habrá acordado de mi dulce?

El viejo ahogó una risita.

—Seguro, aunque es posible que ahora haya olvidado hasta su nombre.

—¿Por qué dices eso? Oye, ¿por qué se besan tanto tiempo?

—Este... Mejor vayamos a ver si tu dulce está en ese cacharro.

Se llevó al pequeño hacia el *autoplan.* En un compartimento al lado del asiento individual había un paquete de cigarrillos y un envoltorio de colorines.

—Ahí lo tienes. Vale más que no esperes a que ella te lo dé hoy, pequeño.

Stephen asintió. Atrapó el dulce y se largó corriendo hacia su propio jardín.

Rhona apartó el rostro de Vince, ahogándose, los ojos brillándole como estrellas.

—No me dijiste que regresabas —murmuró.

—Quise darte una sorpresa. Pero la sorpresa la he tenido yo al verte... Eres aún más hermosa que en mis sueños.

Era realmente una belleza de arriba abajo. Casi tan alta como él, su rostro tenía la perfección suprema de las perfectas obras de arte de la naturaleza. Su cuerpo era delicado y rotundo a un tiempo, con altivos senos que quedaban encerrados en las copas del breve vestido de *texton,* una suerte de malla moldeada que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel hasta la mitad de sus firmes muslos.

—En tu último mensaje pudiste decirme que pensabas volver pronto.

—Para entonces aún no sabía si regresaría o no —explicó él sin poder dejar de recorrerla con la mirada—. Hubo algunas dificultades últimamente en la base... hasta que se solucionaron no obtuve el permiso.

Volvió a besarla, llenándose de su calor, de su aliento, del fuego que parecía desprenderse de sus labios rojos.

—Entremos en casa —propuso Rhona al fin—. Madge se alegrará de verte.

—Yo también, al verla a ella... A propósito, ¿aún está empleada

en el Centro de Diseño?

—Y la han ascendido —rió la muchacha, colgándose de su brazo al dirigirse al jardín vecino—. Al parecer, mi hermana es una especie de genio o algo así.

—Deseo preguntarle algo sobre los últimos cohetes experimentales.

Ella hizo un mohín de disgusto.

—Podrías aplazar el trabajo para mañana, al menos... Hace dos años que no estamos juntos.

—No es nada referente al trabajo. Y estaremos juntos mucho más tiempo del que tú podrás soportarme de ahora en adelante.

—¿Qué quieres decir, te han concedido una licencia anual?

—Nada de licencias. Voy a renunciar a mi puesto.

—¿Por qué, Vince? Tú adoras volar.

—Pero detesto hacerlo bajo órdenes despóticas o absurdas. No quiero continuar siendo manejado y regido por una computadora.

—Estás loco —pero la muchacha se echó a reír, apretándose contra él.

Madge salió a la puerta a recibirlos. Stephen se relamía los dedos después de dar cuenta de su habitual dulce de todos los días, y el abuelo seguía a la pareja desde corta distancia.

—¡Vince! —exclamó la hermosa Madge—. Es toda una sorpresa...

Se abrazaron, besándose con profundo afecto.

Luego, él la apartó sujetándola por los brazos y mirándola aprobadoramente.

—¡Diantre, Madge! Eres toda una belleza...

—¿Es que ya no recordabas ni siquiera mi figura?

—Te recordaba perfectamente, pero con el tiempo y la distancia había olvidado... digamos los detalles.

Se echaron a reír al entrar en la casa. El interior era espacioso, con muebles extremadamente funcionales.

—Siéntate y prepararé algo de beber —dijo Madge— ¿Cómo te probaron estos años?

—Muy mal. Sentí demasiado la nostalgia.

—¿Aún continúas siendo un sentimental?

—Es posible.

Encendió un cigarrillo y tomó el vaso que ella le ofrecía.

Rhona se acurrucó al lado de Vince, sobre los amplios almohadones que formaban un confortable diván.

Madge les observó con ojo crítico al llevarles los vasos.

—Espero que, con tu vuelta, Rhona deje de comportarse como una neurasténica —comentó, riéndose—. Había ocasiones en que se ponía insoportable.

Vince tomó el vaso y miró con ternura a la muchacha sentada a su lado. El tampoco comprendía por qué Rhona le amaba tan apasionadamente. Tan «ridículamente» según los conceptos actuales del afecto y del amor.

Dio un sorbo al licor mientras Madge remataba su comentario.

—Es una retrógrada sin ninguna duda. No ha evolucionado con nuestro tiempo.

—Afortunadamente —gruñó el anciano, que se había sentado en un butacón de forma absurda, pero muy cómodo.

—Papá, tú también te has negado a evolucionar —dijo Madge riéndose, con su desbordante alegría—. Si la mayoría de gente y el propio Consejo hubieran sido como tú aún estaríamos anclados en las costumbres del siglo pasado.

—No empieces con tus discursos —dijo Rhona—. Prefiero escuchar a Vince.

—Tú no quieres precisamente escucharle. Pero no voy a desperdiciar mi tiempo tratando de convenceros… Cuéntanos cosas de Marte, Vince.

—Antes quisiera preguntarte algo, Madge.

—Muy bien.

—Tú estás en el Centro de Diseño, de modo que debes tener noticias de los últimos prototipos experimentales que se han construido, ¿no es cierto?

—No sólo eso, sino que todos ellos llevan algo de mí —dijo la hermosa mujer sonriendo—. He contribuido a su creación.

—Ya lo supongo. Dime... ¿hay alguno que esté en fase experimental en el espacio exterior, alguno asombrosamente rápido?

—No, en absoluto.

—¿Estás segura, Madge? Es importante, créeme.

Ella sacudió la cabeza.

—Probaron el último hace más de dos meses. Es un prototipo de combate, dos plazas, el más veloz que se conoce en la actualidad. Por razones fáciles de comprender no puedo darte detalles de su velocidad y radio de acción, pero...

—¿Puede alcanzar cincuenta mil kilómetros por segundo en espacio exterior?

Madge se echó a reír.

—¿Estás loco? No hay ninguna nave tripulada que pueda llegar a esa velocidad. ¿Por qué me haces una pregunta tan absurda?

—No es absurda. Una nave-cohete me adelantó en mi viaje de vuelta. Fue algo increíble y que apenas duró unos segundos, pero según mi computadora navegaba a cincuenta mil kilómetros por segundo.

Madge le observó, perpleja, asegurándose de que no era una broma.

—No puedo creerlo, Vince —murmuró—. Debiste cometer un error en tus cálculos.

—En todo caso fue un error de la computadora de a bordo.

—¿No comprendes que es imposible? Sabemos positivamente que hasta tanto no se descubran nuevos materiales y nuevos sistemas de propulsión, rebasar los treinta mil por segundo está fuera de nuestras posibilidades. Justamente los mejores técnicos agregados al Consejo están dedicados única y exclusivamente a descubrir esos materiales y esos sistemas.

El sacudió la cabeza.

—Te digo que lo vi. Fue como un chispazo que me adelantó. ¿Cómo te diría yo? Una chispa de plata que pasó y en un par de segundos se hubo perdido en la inmensidad del espacio.

El viejo se enderezó, súbitamente alerta.

—¿Una chispa de plata? —murmuró.

—Algo semejante, Gaigern —dijo Vince Scott.

—Yo también la vi.

Vince se quedó mirándole boquiabierto. Rhona contuvo el aliento. Temió que su padre hubiera perdido la razón.

—¿Cómo puedes decir eso, papá? —exclamó—. Vince está hablando de algo que sucedió cuando volaba a miles, quizá millones de kilómetros lejos de la Tierra.

—¡Te digo que lo vi, muchacho! Fue justamente lo que tú dices... una chispa de plata que se hundió en el mar.

El anciano se excitaba por momentos. Madge opinó:

—Viste un reflejo del sol, papá.

—¡Con mil demonios! ¿Crees que chocheo? Tengo mejor vista que tú, Madge. Quemaste tus pestañas sobre esos condenados planos y fórmulas, pero yo sólo miré el mar y el cielo toda mi vida, el aire y la luz. Aún veo perfectamente y sé que lo que fuera aquella «cosa» se hundió en el mar, frente al acantilado, aunque más allá del horizonte.

Madge suspiró pacientemente.

—Antes me has contado eso que creíste ver —dijo, con el tono con que le hablaría a un niño obstinado—. ¿No comprendes que a la velocidad que según tú llevaba esa máquina se habría desintegrado al entrar en nuestra atmósfera? Eso es elemental, papá.

Rhona se impacientaba.

—¿Por qué tiene que preocuparte tanto este episodio, Vince? Quizá tus aparatos de control captaron el paso de un meteorito o cualquier otro cuerpo celeste.

—¿De color plateado, sin estela, y llevando mi mismo rumbo? —se volvió hacia el anciano—. ¿Pudo usted distinguir algún detalle de

ese artefacto, Gaigern?

El viejo sacudió la cabeza.

—Desgraciadamente no. Estaba demasiado lejos. Pero era una máquina metálica, Vince, debes creerme.

El joven permaneció silencioso unos segundos, pensativo.

—¿Recuerda usted dónde cayó? —dijo al fin.

—Seguro. Podría señalártelo en una carta marina cualquiera.

Madge sacudió la cabeza.

—Sólo faltabas tú dando crédito a esa fantasía, Vince...

—Tal vez no sea una fantasía. Opino que habría que advertir a las patrullas marítimas para que diera un vistazo en ese lugar.

—Está bien, aunque sólo sea para terminar ese absurdo tema me ocuparé de ello cuando salga mañana —accedió Madge a regañadientes—. Y ahora hablemos de temas más sencillos, ¿sí?

Rhona se levantó.

—No será con nosotros. Yo también tengo cosas que discutir con Vince después de dos años de ausencia.

Magde rió.

—¿Desde cuándo le llaman discutir a eso, querida? —comentó con ironía.

—¡Muérete!

Rhona tiró de Vince y éste apenas tuvo tiempo de murmurar una apresurada despedida. Luego, se encontró atravesando el jardín, para entrar en la casa vecina, la casa de Rhona.

La muchacha cerró la puerta y por un largo instante ambos quedaron mirándose con fijeza, tensos de emoción.

—He imaginado esta escena millares de veces en estos años, Rhona —murmuró Vince.

—Y yo...

Por la ventana la última luz del día arrancaba irisados reflejos a los cristales oscuros que sumían la estancia en una penumbra suave y

cómplice.

Vince susurró:

—Te quiero, Rhona.

Un instante después ella estaba en sus brazos.

Si Madge hubiese estado allí hubiera formulado alguno de sus cáusticos comentarios tachándoles de retrógrados por amarse tan profundamente, con aquel fuego en el que los dos deseaban arder.

Sólo que Madge no estaba a la vista y maldito si en aquellos instantes ninguno de los dos pensaba en ella.

CAPITULO II

Era negra noche cuando Peyton abandonó el colosal edificio después de sostener su acalorada discusión con Dionisios Metaixas.

Estaba alterado y nervioso, y a pesar de todo no estaba muy seguro de haber obrado debidamente. Su actitud equivalía a echar por la borda la mayor y más fabulosa oportunidad de su vida.

Sin embargo, plantado en la acera, viendo pasar los últimos ciudadanos en busca de sus medios de locomoción para dirigirse a sus hogares, se dijo una vez más que había actuado correctamente. El poder y la fortuna, al precio propuesto por Metaixas no le interesaba.

Oía el suave zumbido de los *autoplanes* al deslizarse veloces en las pistas elevadas, sobre su cabeza, algunas a gran altura. Aquellas pistas colosales no se cruzaban jamás, como Peyton deseaba no volver a cruzarse nunca en el camino de aquel ambicioso individuo llamado Metaixas.

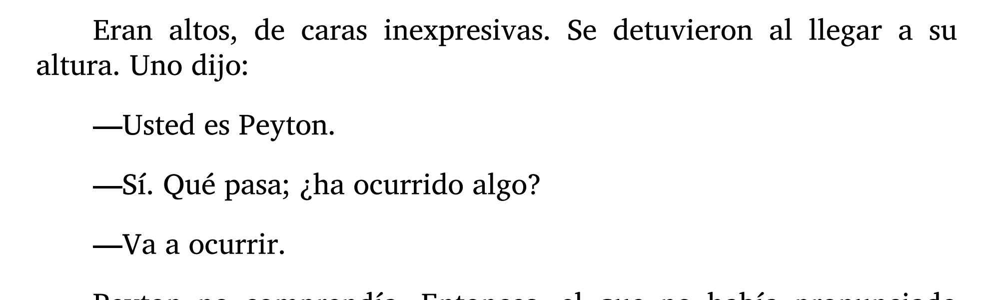
Al fin echó a andar. Las calles gozaban de una iluminación profusa, lechosa, que brotaba de los puntos de luz fría situados estratégicamente a distintos niveles. Peyton no pudo contener un escalofrío al evocar una vez más las terribles palabras de aquel hombre sin otro freno que su desmedida sed de poder y de lucro. Metaixas le había colocado ante un terrible dilema del que sería difícil evadirse.

El dilema de callar lo que sabía, permitiendo que se consumara la tragedia, o advertir de todo ello a las autoridades del Consejo, con lo que era indudable que tanto Metaixas como los otros serían ejecutados sumariamente.

Maldijo entre dientes, al doblar la esquina. Apresuró el paso hacia la entrada del inmenso garaje elevado. Subió en la plataforma volante hasta la planta donde estaba su vehículo, un aerodinámico *autoplan* azul de dos plazas.

Apoyó la palma de la mano en un lado de la cabina. La célula fotoeléctrica accionó la cerradura y la cabina se abrió.

En aquel instante oyó los pasos a su espalda. Volviose sobresaltado y vio a dos hombres que se aproximaban a él con pasos resueltos.



Eran altos, de caras inexpresivas. Se detuvieron al llegar a su altura. Uno dijo:

—Usted es Peyton.

—Sí. Qué pasa; ¿ha ocurrido algo?

—Va a ocurrir.

Peyton no comprendía. Entonces, el que no había pronunciado una palabra mostró la mano derecha y en ella brillaba el acero de una pistola «Lasser».

Un solo disparo de aquella arma le haría pedazos. Boqueó, aterrorizado.

—No grite o mi compañero disparará. No creo que le gustase ver sus pedazos desparramados por todo este local…

—¿Qué… qué…?

El hombre sacó una botella plana de su bolsillo.

—Beba, Peyton.

—¿Por que?

—¡Beba!

—¿Es… veneno?

El otro rió de un modo que daba grima.

—Whisky del mejor. Pruébelo.

—¡No quiero… nunca bebo, yo…!

—¡Beba, Peyton, si quiere ahorrarse un rato muy malo!

Las manos le temblaban cuando agarró la botella. Se la llevó a los labios y probó unas gotas del contenido.

Era buen whisky, del que ya apenas si podía encontrarse en el mercado.

Aún lo comprendía menos. El whisky era puro, juzgando por su sabor. No contenía ningún veneno.

—Beba de una condenada vez, no nos haga perder más tiempo.

Miró la pistola. Luego levantó la mirada hasta las caras de los dos

rufianes. Ninguno de ellos expresaba emoción alguna.

Bajo el influjo de la amenaza bebió un largo sorbo. El licor le hizo toser porque no estaba habituado a beber.

—¡Más! —le ordenaron.

Volvió a beber una y otra vez. La cabeza comenzaba a zumbarle. Las imágenes se volvieron borrosas ante sus ojos.

—Así está bien, Peyton —dijo aquel individuo—. Ya le dije que era un buen whisky.

—¿Por qué...?

—¿Por qué le invité a beber?

El hombre rió. Su risa semejaba el chirrido de una sierra.

Le quitó la botella de sus temblorosos dedos, la levantó y vertió el resto del contenido sobre sus ropas. Luego dejó caer la botella dentro del *autoplan.*

—Bueno, Peyton, ya puede subir a su vehículo. Hemos terminado.

Peyton sacudió la cabeza, aturdido.

—No... no podré conducir... la cabeza me da vueltas.

—Suba, yo arreglaré eso.

—No entiendo... nada...

Se dejó caer sobre el asiento de su vehículo. Apenas se hubo sentado, el tipo de la pistola guardó el arma, pero sacó una corta porra de un bolsillo y golpeó una vez el cráneo de Peyton, que quedó hecho un ovillo en el asiento sin proferir ni una queja.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. Cuidado cuando lo sueltes...

El otro asintió. Empujó el cuerpo de Peyton y se instaló ante los mandos del vehículo. Lo condujo con habilidad hacia la salida, junto a la rampa de entrada a la pista volante que discurría a la altura del piso vigésimo noveno...

Allí ajustó unos controles, manteniendo frenadas las ruedas. Luego saltó a un lado, dio un vistazo al brillante abismo que se abría a un lado de la rampa y de un manotazo soltó el freno.

El *autoplan* dio una sacudida con la sensación de que brincaba hacia

adelante.

Brincó realmente, pero fue al llegar al borde de la rampa, donde arrancó la barandilla y se precipitó al vacío adquiriendo una creciente velocidad al caer como una bala.

El hombre se asomó con cautela. Hasta él llegó el estampido tremendo del vehículo al estrellarse abajo. —Ya está —dijo, retrocediendo.

Su compañero asintió con un gesto. Cuando echaron a andar rumbo a la salida comentó:

—De vez en cuando suceden esta clase de accidentes, Bloch. Alguien bebe más de lo que puede soportar y se precipita fuera de las pistas... Lamentable, ¿no te parece?

Bloch emitió un sonido que no le comprometía a nada. Luego se echó a reír y su risa sonó desagradable, como el chirrido de una sierra...

* * *

Vince Scott abrió los ojos y ladeó la cabeza. El lecho gemelo al suyo estaba vacío. Por la ventana abierta penetraba el aire cálido de la mañana brillante de sol.

Bostezó, incorporándose sobre un codo. Pudo ver el azul del mar y aspiró el aire con deleite. Un aire salobre y puro.

Desde dos años atrás no había tenido un despertar semejante. En Marte se respiraba aire artificial, no había mar, no había esa luz pura en la que sumergirse nada más abrir los ojos.

Volvió a tenderse en el lecho. Desde luego, no volvería a abandonar la Tierra jamás. Porque en la Tierra estaba Rhona.

Entonces se descorrió la puerta de la habitación y la muchacha asomó la cabeza para comprobar si aún estaba dormido.

—Me pregunto si en Marte tampoco se duerme —comentó entrando—. ¿Sabes cuántas horas has estado fuera de este mundo?

El sacudió la cabeza.

—Doce —dijo la hermosa muchacha.

El sol penetró por la ventana, poco a poco, como un intruso que

no deseara turbar la paz del amor. Había recorrido la mitad del cuarto cuando Rhona saltó ágilmente del lecho y murmuró:

—Debería estar prohibido que hombres como tú siguieran holgazaneando a estas horas de la mañana… Vamos, levántate de una vez.

—Si quieres tener la mañana en paz mejor será que me dejes tranquilo.

Ella se miró de arriba abajo. Vince comenzó a incorporarse y con una exclamación alegre Rhona se alejó hasta desaparecer más allá de la puerta.

En aquel instante sonó la aguda llamada del videoteléfono de la salita. La voz de Rhona le gritó que lo atendiera y refunfuñando Vince se envolvió en una bata de seda negra y se fue, descalzo, en busca del escandaloso aparato.

Pulsó un botón y el timbre cesó de escandalizar. La pequeña pantalla del aparato se iluminó y apareció el busto de un hombre de cabellos canos y nariz aguileña.

Vince dio un respingo.

—¿Qué sucede, mayor? —indagó.

—Afortunadamente dejó usted las cifras de ese teléfono para que le llamasen en caso de necesitarle. Es preciso que venga inmediatamente al Centro de Control del Espacio, Scott.

—¿Ahora?

—Inmediatamente.

—Le recuerdo que dispongo de treinta días de licencia absoluta, Mayor.

—Este asunto es de prioridad uno, capitán.

Vince sintió tentaciones de soltar una maldición ante la cara del personaje. Se contuvo y gruñó:

—Saldré ahora mismo, mayor.

La pantalla se oscureció. Pulsó el botón de desconexión y entonces advirtió la presencia de Rhona en la puerta. La muchacha vestía una larga y flotante túnica blanca que transparentaba la silueta de increíble belleza de su cuerpo.

—¿Oíste? —gruñó él.

—Sí...

—Apuesto que al fin alguien ha tomado en serio mi informe de vuelo.

—Te prepararé el desayuno en un minuto querido.

—Sólo café. Volveré tan pronto pueda escabullirme.

Ella asintió. Minutos más tarde el piloto del espacio daba cuenta de un enorme tazón de café. Rhona dijo:

—Papá se ha ido muy temprano. Madge le ha prometido ocuparse de que envíen a alguien a explorar el mar y el quiere verlo. ¿Tú crees que hay algo de cierto en lo que contó?

—Es posible... Te veré después, querida.

La besó y salió apresuradamente.

Al quedar sola, la muchacha se acercó al ventanal y dejó vagar la mirada por el mar en calma, liso como un espejo, brillando al reflejar los rayos del sol. Le hubiera gustado gritar su felicidad, la plenitud de su amor a los cuatro vientos. Sonrió. Vivir era hermoso.

* * *

—Les repito que realicé los cálculos mediante la computadora de a bordo —dijo Vince, impaciente.

Los tres hombres sentados en torno a la mesa le observaban intrigados.

El mayor gruñó:

—He ordenado comprobar que esa computadora funcione correctamente, capitán Scott.

—La comprobé yo personalmente, señor. Lo mismo que el visor... ¿Han examinado la cinta del video?

—Naturalmente.

—Habrán visto la nave que me adelantó. Yo volaba a veinte mil kilómetros por segundo cuando ese cohete apareció en mi pantalla. Bien, sabiendo mi velocidad y el tiempo que permaneció en pantalla

es sumamente fácil averiguar la velocidad que llevaba.

—Cincuenta mil por segundo —dijo el mayor—. Ya lo hemos comprobado, también. Pero a pesar de todo, teníamos la esperanza de que usted pudiera aportar nuevos datos sobre el extraño fenómeno. Principalmente, relativos a su naturaleza.

—No podía tratarse más que de una nave.

—Hoy día no existe ninguna de estas características, Scott.

Hubo un silencio que fue roto por una llamada a la puerta.

El mayor accionó un resorte y el mamparo de acero de la entrada se deslizó a un lado dando paso a un joven con el uniforme de las Fuerzas de Seguridad.

Llevaba un sobre en la mano.

—El informe de los ingenieros, señor —anunció, estregándolo al mayor.

Cuando se hubo retirado, el hombre de cabellos grises y nariz ganchuda abrió el sobre y leyó su contenido rápidamente.

—La computadora de su nave no tiene avería alguna —murmuró, al terminar.

—Ya se lo dije, señor. La comprobé antes de presentar mi informe.

Por primera vez habló otro de los presentes.

—Sólo queda una explicación lógica…, que fuera una nave de otro mundo.

—Ya lo pensé —dijo Scott bruscamente—. Pero era demasiado pequeña para que viniera de un planeta tan lejano.

—Puede retirarse, capitán. Si necesitásemos su colaboración…

—Podrán encontrarme en el mismo lugar que esta mañana.

Esbozó un saludo y se fue. Estaba más decidido que nunca a presentar la renuncia a todos sus grados militares y a su puesto como piloto del espacio…

CAPITULO III

Declinaba la tarde cuando llegó a casa de Rhona. Antes de internarse en el jardín, oyó la voz de la muchacha llamándole desde la puerta de la casa vecina.

—Madge y papá han regresado hace poco, Vince —dijo la hermosa joven, cuando pudo librar sus labios del largo beso—. ¿Cómo té fueron las cosas a ti?

—Ni bien ni mal. No saben a qué atenerse respecto a mi informe de vuelo y al fenómeno que me adelantó.

—Pero ¿te creen por lo menos?

—¿A mí? Creen en las imágenes del video y en los cálculos de la computadora.

Entraron en la casa. Madge fumaba tendida en un diván mientras miraba las noticias del día en la pantalla de la televisión en color.

El anciano refunfuñó:

—No encontraron nada, Vince. Ni el menor rastro del accidente del cohete que vi hundirse en el mar.

—¿Bucearon para buscarlo?

—Se sumergieron un par de veces, aunque estaban seguros de que no hallarían nada. Quiero decir que no pusieron mucho entusiasmo en su trabajo.

Comprendo. No obstante, aunque no quedaran restos flotando en la superficie si usted hubiera visto realmente caer una nave la hubieran descubierto en el fondo del mar.

—No había nada allí. Y no empieces a dudar tú también. Estoy absolutamente seguro de lo que vi.

—No me ha comprendido… Quiero decir que el hecho sorprendente es precisamente que esa nave, o lo que fuera, no estuviera bajo las aguas.

Por un instante Rhona contuvo el aliento. El anciano barbotó, súbitamente eufórico:

—¡Ahí está! Si se hubiese estrellado ahora estaría en el fondo, más

o menos destrozada... ¡Y no había nada allí según los dos buceadores...! ¡Se fue después de hundirse!

Desde el diván, Madge comentó, sarcástica:

—Me sorprende cómo no crees que se esfumó por arte de magia, papá.

—Ríete si quieres.

—Los que se rieron de nosotros fueron los de la patrulla náutica. Fue algo muy desagradable a pesar de que reconozco que tenían razón.

En la pantalla del televisor aparecieron las vividas imágenes de desolación correspondientes a un terremoto sufrido por las costas de lo que en los viejos mapas era México. Eran unos fotogramas terribles porque se había tratado de un terremoto de tremenda intensidad.

Vince comentó:

—Oí comentar en Marte que estaban a punto de descubrir un medio de prevenir con tiempo el lugar de un terremoto. De eso hace ya tiempo, pero veo que fue una falsa noticia.

—Han sucumbido millares de personas —dijo Madge—. Uno de los peores sismos del último siglo según parece.

De pronto, el anciano barbotó:

—Lo intentaré de nuevo mañana al amanecer.

—¿De qué está hablando?

—De volver al mar. Vince, si tú accedes a pilotar una embarcación.

Madge soltó un bufido. Comenzaba a fastidiarle la terquedad del anciano.

Rhona murmuró:

—Vince debe estar deseando descansar, papá, después del larguísimo viaje desde Marte...

—Iré con usted —decidió el piloto resueltamente—.Hace años que no buceo. ¿Por qué no nos acompañas tú, Rhona? Un día en el mar te sentará bien y podremos sumergirnos juntos. ¿Qué te parece?

Madge respondió por su hermana:

—Una solemne estupidez.

—Entonces, ¿decidido? —puntualizó el viejo.

—Ocúpese de la embarcación y los equipos de buceo. Lo demás es fácil.

Madge soltó un bufido.

—La estupidez senil parece que se contagia en esta casa, Vince. ¿Qué esperas encontrar donde fracasaron buceadores profesionales?

—No lo sé. Posiblemente nada, pero nos habremos divertido Rhona y yo con todo un día en el mar.

El anciano parecía haber rejuvenecido.

En cuanto a Rhona, la perspectiva del día siguiente acabó por entusiasmarla también.

Claro que hasta entonces faltaba mucho tiempo…

Lo aprovecharon, entregados a su apasionado amor, como si quisieran resarcirse de los años de ausencia.

Era medianoche cuando Vince se fue a la cocina con ánimo de prepararse un refresco. Por la ventana se veía el mar, oscuro y quieto, y un cielo negro en el que chispeaban las estrellas.

Regresó al dormitorio con dos grandes vasos empañados por el hielo. Rhona estaba en la terraza dejando que el tibio aire nocturno la acariciara.

—¿No es hermoso, Vince? —musitó cuando él la besó en la nuca.

—Una noche maravillosa, pero sólo porque estamos juntos.

—Madge se reiría de nosotros si nos oyera.

El frunció el ceño.

—¿Qué pasa con tu hermana, linda?

—¿Qué quieres decir?

—La veo llena de resentimiento, de amargura.

—Se siente sola, imagino.

—Tiene a su hijo. Esa criatura es un encanto.

—Pero no tiene a Lombard. Creo que ahora se da cuenta de que él tenía razón cuando se separó de ella.

—Comprendo. ¿Por qué no trata de recuperarlo? El era un buen tipo y estaba condenadamente enamorado de Madge.

—No me preguntes lo que no entiendo. Ella es demasiado orgullosa, altanera... Y ama tanto su profesión como amaba a Lombard.

Se volvió buscando la mirada de él en la penumbra. Vince había vaciado el vaso y lo abandonó a un lado.

—¿Y tú? —preguntó de pronto el piloto.

—¿Yo qué?

—¿Amas tanto tu trabajo como para...?

Rhona se echó a reír.

—Pamplinas —dijo—. Si tú te quedas definitivamente presentaré mi renuncia tan de prisa que te asombrarás.

—Ya puedes jurar que voy a quedarme definitivamente.

La muchacha le rodeó el cuello con los brazos. Sus caras estaban muy juntas y él pensó que las pupilas de Rhona semejaban dos estrellas doradas.

—Te quiero —musitó la muchacha.

El rumor del mar pareció fundirse en sus palabras, en sus deseos, en su amor que, en cierto modo, era como un volver atrás en el tiempo, tan atrás como los inicios de la vida...

CAPITULO IV

El silencioso helicóptero flotó suavemente sobre el «cayo», descendiendo muy despacio en medio de la oscuridad.

No había una sola luz a bordo, excepción hecha de la pantalla de infrarrojos que mostraba la superficie del suelo invisible para el ojo humano.

El piloto murmuró:

—Estamos a cien metros, señor.

—Desciende. Este es el lugar.

El aparato bajó sin un solo rumor, sostenido por las silenciosas turbinas hasta posarse con suavidad sobre el suelo de roca.

El piloto levantó la cabina de burbuja después de parar los motores.

Dionisios Metaixas se despojó de la sujeción de seguridad al tiempo que se volvía hacia el otro pasajero.

—Date prisa, Joannis, hemos de caminar un trecho aún.

Joannis Kalvos asintió y saltó al suelo. Metaixas aun advirtió al piloto:

—Aguarda aquí sin encender ninguna luz. No sé el tiempo que tardaremos.

—De acuerdo, señor.

Los dos hombres se alejaron del aparato, cuidando de dónde ponían los pies porque todo estaba sumido en tinieblas.

Kalvos susurró:

—¿Crees que ya estarán esperándonos?

—Seguro.

—No estoy tranquilo con esa gente, Metaixas. Si todo lo que nos contaste es cierto…

—Lo es.

—Siento escalofríos sólo de imaginarlo.

Metaixas gruñó algo despectivo y continuó adelante por el accidentado terreno.

Tras doblar un promontorio rocoso apareció un saliente plano que parecía extenderse sobre el mar, el rumor del cual llegaba hasta ellos sin que pudieran verlo a causa de la oscuridad.

Metaixas gruñó:

—Aquí es. Esta plataforma de roca ha servido para entrevistarnos en cada ocasión.

—Se retrasan.

—No creo. Estarán observándonos sin duda. Saben lo que arriesgan.

—Dime una cosa, Metaixas...

—¿Qué?

—¿Te fías completamente de ellos?

—En absoluto. Me necesitan y eso hace que nos entendamos.

Guardaron silencio con el oído atento. El chapoteo del mar bajo la enorme roca se volvió monótono. Luego, sobre el rumor del agua, una voz extraña dijo:

—¿Quién te acompaña?

Se volvieron en redondo. A la entrada de la terraza natural había dos siluetas de estatura mediana. Eran siluetas informes porque iban envueltas con largas capas.

Metaixas tragó saliva.

—Mi socio. Se llama Kalvos, Joannis Kalvos.

Los dos desconocidos se aproximaron. Kalvos los vio por primera vez y contuvo el aliento.

Eran de corta estatura en comparación con ellos. Tenían cabezas de proporciones normales a su estatura, pero la piel de sus caras era de un suave gris opaco. Los ojos parecían simples rendijas, como si los mantuvieran entornados. Parecían muy ocupados cubriéndose con las largas capas de grueso tejido.

Uno de ellos habló de nuevo:

—Lo que esperábamos ha llegado. Todo el material que faltaba. ¿Qué has estado haciendo tú, Metaixas?

—Preparándolo todo. Tengo hombres resueltos y fieles. Estoy preparando el camino para cuando llegue el momento ocupar los puestos del Consejo.

—Tus amigos… tus socios. ¿Están conformes con el tratado?

—Sí. Lo cumpliremos, seguro.

El segundo desconocido se acercó a Metaixas. Con su proximidad, Kalvos distinguió los detalles de aquel rostro inexpresivo que se le antojó tallado en piedra y sintió un ramalazo de pánico.

Guarda este comunicador, Metaixas —dijo el hombre del espacio —. No lo utilices si todo sigue el curso que hemos previsto. Sólo deberás emplearlo en caso de que algo grave sucediera, tan grave como para cambiar los planes. Entonces sabremos que hemos de aplazar o anticipar nuestra intervención. ¿Comprendes?

—Sí.

—Repite.

—No utilizaré este aparato si todo sigue conforme a nuestros planes. Pero si algo fracasa, o surgen dificultades, lo emplearé para que ustedes sepan lo que deben hacer.

—Perfecto.

—¿Cuándo, amigo?

—Necesitamos siete días de la tierra para montar el complejo de gran potencia.

—Siete días…

—Diez días y lo pondremos en acción. Diez días justos.

—Me parece bien.

—No volveremos a vernos hasta que estés en el poder.

Los dos hombres del espacio giraron sobre sus pies y desaparecieron más allá de las rocas.

Con un suspiro, Kalvos dijó:

—¿Te fías de ellos, Dionisios?

—Por completo. Nos necesitan, es así de sencillo.

—Tengo la impresión de que estuvieron amenazándonos con sus armas, ocultas por esas capas extrañas...

Metaixas se echó a reír.

—No seas idiota. Esas capas les sirven para abrigarse. Su mundo es mucho más caliente que el nuestro, de modo que esta deliciosa temperatura de que nosotros disfrutamos, para ellos es casi como nuestro Polo Norte. Vámonos ya.

—Es increíble...

—¿Qué te parece increíble? —gruñó Metaixas mientras se alejaban de aquel lugar.

—Que con el poder de que al parecer disfrutan esos tipos, necesiten nuestra ayuda. Podrían destruir al Mundo con sólo proponérselo.

—Claro, destruyéndolo sería la única manera de anular a los ejércitos del Consejo. Pero al mismo tiempo destruirían lo que necesitan tanto como el aire para respirar. No les conviene.

Kalvos se mantuvo callado, preocupado a su pesar. No podía sustraerse a la desagradable sensación que la proximidad de aquellos dos extraños seres de otro mundo le habían producido.

—Me preocupa lo que sucederá después que les entreguemos lo que quieren —murmuró cuando ya estaban en las cercanías del helicóptero—. De cualquier modo, esos individuos no pueden sentir ninguna simpatía por los terrestres.

—Me importa un comino que simpaticen o no. Y deja de preocuparte de una condenada vez y piensa en el trabajo. Tenemos que encontrar el medio de hacer que el Consejo en pleno se reúna exactamente dentro de diez días, así que no pierdas tiempo con ideas que no conducen a ninguna parte.

Kalvos cerró la boca. Conocía a su socio y se dijo que lo mejor por el momento era callar.

Se instalaron en el aparato. Metaixas dio la orden de despegar y el piloto manejó los mandos, elevando el helicóptero sobre el roquedal hasta sumergirlo en las tinieblas de la noche, rumbo a la

imponente residencia de Dionisios Metaixas enclavada en la costa del continente. Trabajar para semejante millonario tenía sus ventajas, porque no había muchos hombres en todo el mundo con tanto poder y dinero como su jefe y el piloto lo sabía perfectamente.

El silencioso aparato se perdió en las tinieblas. Los hombres que transportaba iban a poner una vez más a la humanidad en el trance de su desaparición, como si no hubiesen aprendido las terribles lecciones del pasado que dejaron sólo ruinas, hambre y miseria.

CAPITULO V

Se habían sumergido repetidas veces, variando de lugar en cada ocasión. El sol radiante permitía bucear con luz clara hasta una respetable profundidad, y mediante los potentes focos hundidos con lastres Vince Scott y Rhona habían comprobado que no había el menor rastro de aparato alguno en el fondo quieto del mar, allí donde la profundidad era tal que exigía un enorme esfuerzo, paliado en su caso por los completos equipos de inmersión que ambos vestían, perfeccionados de tal modo que no necesitaban practicar la siempre arriesgada operación de descompresión.

Emergieron una vez más junto a la poderosa motora en la que el anciano les aguardaba.

—¿Nada, Vince? —preguntó.

—En absoluto. ¿Está seguro del lugar donde vio hundirse el aparato?

—Bueno, desde la costa es posible que la distancia engañe en cierto modo, pero no tanto como para un error tan considerable.

Rhona se libró de la mascarilla y aspiró aire profundamente.

—El mar está delicioso —comentó, feliz—. ¿Vamos a sumergirnos otra vez, cariño?

—Seguro, pero más al sur ahora. Teniendo en cuenta el ángulo de descenso que según usted dice que llevaba esa máquina, tal vez se hundiera más allá de esa plataforma rocosa que hay allá abajo.

Rhona lo pensó un poco y al fin sacó a colación algo que la intrigaba.

—Tú debes saber eso, Vince... Si esa máquina o lo que fuera entró en contacto con el mar a esa velocidad que el abuelo asegura, ¿crees que los tripulantes pudieron resistir el impacto? En caso de que los llevara, claro...

—No creo que fuera tripulada.

Ella asintió en silencio. No se atrevía a expresar su opinión que empezaba a coincidir con la de su hermana. Por lo tanto, cuando Vince se dispuso a sumergirse nuevamente, después de haber navegado casi tres millas más al sur, preparó su equipo regulando la

presión del aire para una profundidad mucho más peligrosa que la alcanzada hasta entonces.

Cuando se hubo ajustado la mascarilla Vince probó sus circuitos y, finalmente, hablando por medio del diminuto comunicador incrustado en la caperuza de caucho le preguntó:

—¿Me oyes, Rhona?

—Perfectamente. Todo va bien.

—Vamos allá entonces. Sígueme y no te separes de mí ahora.

—De acuerdo, Vince.

Se zambulleron como dos delfines. Desde la borda, el anciano les siguió con la mirada, vagas sombras que se hundieron rápidamente hasta perderlos de vista.

La plataforma rocosa que vieran en las anteriores inmersiones ya no llegaba hasta el lugar donde ahora nadaban. El oscuro fondo se abría como un abismo siniestro, alumbrado por los focos que descendían delante de ellos arrastrados por los lastres.

De pronto, una enorme sombra oscura osciló a corta distancia, acercándose a una de las luces. Rhona detuvo su descenso y Vince se le unió, inmovilizándose ambos hasta ver qué decidía el enorme tiburón que curioseaba el foco a medida que se hundía…

Cuando el escualo se alejó, ambos jóvenes reanudaron el descenso, ahora más veloces para no distanciarse de las luces.

El fondo alumbrado por los haces de luz mostró una formación coralífera de multicolor belleza. Extrañas plantas crecían en torno, oscilando, reflejando la súbita claridad con irisadas tonalidades.

Rhona se dejó flotar mirando en torno, sobrecogida por aquella singular belleza. Cuando sintió la mano de Vince en su brazo se volvió, sonriéndole.

—¿No es maravilloso? —musitó a través del comunicador.

—Mira.

—¿Qué?

—La masa de coral, allí, a tu derecha.

El evolucionó para enfocar la luz en la dirección que señalaba.

Rhona vio la extensión coralífera aplastada y desmenuzada, cual si una masa enorme se hubiera posado sobre ella. Notó un violento escalofrío al comprender y se volvió de nuevo hacia Vince.

—¡Era cierto! —exclamó.

—Sígueme, pero no toques el coral por nada del mundo.

Bucearon rodeando la zona destruida hasta donde el coral dejaba de cubrir el suelo. Allí el fondo era arenoso, con multitud de plantas abismales... y cuerpos inmóviles.

Peces espada de gran tamaño, tiburones, rayas...

—¡Muertos! —balbució la muchacha.

Vince regresó de su rápido examen de los cuerpos y señalando sobre sus cabezas, dijo:

—Vuelve a la motora y envíame un cable con un garfio. Quiero izar uno de esos animales muertos.

No replicó. De pronto había comprendido que lo que hasta entonces fuera poco más que un juego había derivado en un drama misterioso del que ellos eran los únicos testigos.

Vince arrastro un gigantesco pez espada bordeando la masa de coral, hasta alcanzar poco más o menos la vertical de la lancha.

Después volvió atrás y tomando los focos dirigió las potentes columnas de luz en todas direcciones.

No pudo ver ni el menor rastro de nave alguna. Cohete o lo que fuera que se había hundido allí, nada le había impedido alejarse después de su impacto con el mar.

Cuando el garfio de acero descendió, el piloto sujetó al pez espada, dio unos tirones para que lo izaran y él emprendió también la vuelta a la superficie más intrigado que nunca por lo que había contemplado.

Apenas hubo puesto el pie en la motora cuando el anciano exclamó:

—¡Yo tenía razón, Vince!

—Seguro que sí, Gaigern. Un aparato de gran tamaño aplastó toda una formación de coral y mató multitud de grandes peces. Pero no los mató con el impacto. Ninguno de ellos muestra la menor herida.

—¿Entonces…?

—Alguna suerte de radiación sin duda. O un súbito y fugaz calor. Quiero que examinen el pez espada para averiguarlo.

El gigantesco animal colgaba a un lado de la lancha. Valiéndose de los cabestrantes Vince lo izó a cubierta.

—Nunca había visto uno tan grande —confesó Rhona.

Navegaron velozmente rumbo a tierra. La poderosa embarcación voló materialmente sobre las olas y en escasos minutos estuvieron en el blanco muelle.

Apenas Vince y Rhona descendieron de la nave, un oficial naval se les aproximó con una expresión risueña en el semblante.

—¿Encontraron al monstruo, señorita Gaigern?

—¿Qué tal, teniente? Mi hermana dijo que su expedición fue un fracaso.

—Perdimos el tiempo. Personalmente opino que su padre soñó lo que dijo que había visto.

Ella se disponía a replicar cuando una ligera presión de los dedos de Vince la obligó a callar.

—El señor Gaigern se queda a bordo —dijo el piloto a su vez—. Saldremos de nuevo más tarde. Ya nos veremos, teniente.

Se alejaron con presteza. Rhona murmuró:

—¿No quieres que nadie sepa lo que hemos visto?

—No, hasta saber exactamente qué fuerza fue la que mató a esos animales.

—¿Cómo conseguirás que lo examinen en los laboratorios oficiales, Vince?

—Haré algo más que eso. Quiero que sean los laboratorios del Centro de Diseño quienes lo analicen. Te llevaré a casa y después me ocuparé de este asunto. Tal vez no nos veamos ya hasta la noche…

—Estaré esperándote.

Se acomodaron en el raudo *autoplan* y el piloto condujo con cautela hasta la pista elevada. Allí aceleró y el vehículo dejó de

deslizarse sobre las ruedas y enfiló veloz la ruta magnética que le mantenía en la dirección debida, volando a unos pies de altura sobre la pista.

CAPITULO VI

Rhona saboreó el refresco y encendiendo un cigarrillo murmuró:

—No comprendo por qué se demoran tanto, Madge. Ya deberían estar aquí.

Su hermana apartó la atención de la pantalla multicolor para comentar:

—Seguro que papá ha perdido la noción del tiempo al contar a todo el mundo cómo él sabía que el fenómeno se había producido, y cómo necesitó ponerse firme para que le creyésemos... Ya le conoces.

—Pero Vince

Madge enarcó las cejas.

—¿Aún no te cansas de estar pendiente de un hombre, querida?

—Nunca me cansaré de Vince...

—Tonterías. Te hablo por experiencia.

Rhona dio un respingo.

—¿Experiencia? —estalló—. ¡Tú no tienes ninguna maldita experiencia, en absoluto! En todo caso, tu experiencia se basaría en un fracaso absurdo.

—¿Fracaso?

—Un lamentable fracaso. Creíste que una mujer se realiza sólo con su trabajo, con poseer una carrera importante y alcanzar puestos cada vez más altos.

—Y sigo creyéndolo. No hay nada más importante.

—Si realmente piensas así, hermana, me das pena. Por encima de todas esas teorías idiotas una mujer es mujer o no es nada más que un pedazo de carne insertado en una máquina. Si te mirases al espejo sabrías qué quiero decir. Estás amargada, rabiosa contra todo y contra todos, y lo que es peor aún, contra ti misma. Si la amargura y la frustración es el premio que se obtiene por reducir tu vida a una

simple pieza de la maquinaria industrial del mundo, déjame decirte que prefiero limitarme a vivir en brazos del hombre que amo, siempre que él me quiera a mí, por supuesto.

Madge miraba a su hermana con una expresión de estupor. Nunca antes, Rhona le había hablado de ese modo.

Y aún añadió:

—Yo también tengo un empleo importante, soy independiente y mis ideas no tienen nada de equivocadas. Pero si Vince se queda definitivamente en tierra renunciaré a mi trabajo sin la menor vacilación.

—Te arrepentirás pronto...

—Al contrario. Y si tú fueses sincera contigo misma reconocerías que quien se arrepiente de una decisión errónea eres tú.

—¿Qué decisión?

—Separarte de Lombard.

Madge palideció visiblemente.

—¡Fue él quien se separó de mí! —dijo casi a gritos.

—Naturalmente, pero no lo hubiera hecho si tú hubieses dejado de comportarte como una cinta de computadora. El se había unido a una mujer, no a una máquina programada para perfeccionar sistemas de propulsión.

—No quiero discutir contigo este asunto. Odio el solo nombre de Lombard, así que no lo menciones.

—¿Le odias por el daño que tú le hiciste?

—¡Basta!

Rhona se encogió de hombros y fue a servirse otro refresco. Después, al regresar junto a su hermana, se detuvo frente a la terraza dejando que su mirada se extendiera hacia el mar y la noche y de nuevo pensó en Vince y en su descubrimiento.

Con un suspiro, Madge se levantó desconectando el televisor.

—Voy a dar un vistazo al cuarto de Stephen —dijo, y se fue.

Rhona salió a la terraza y sentándose en una cómoda tumbona

trató de olvidar el conato de discusión para pensar solamente en Vince, en su amor que lo significaba todo para ella y sonrió a las lejanas estrellas.

La sorda llamada del videoteléfono rompió sus ensueños obligándola a entrar en la casa.

Pulsó el botón de contacto. La pantalla permaneció oscura, lo que indicaba que la llamada procedía de un teléfono público.

Sin embargo, la voz de Vince surgió extrañamente tensa:

—¿Madge?

—Soy Rhona, querido. ¿Dónde estás?

—En los muelles.

—¿Qué ocurre, Vince? Pareces alterado.

Hubo un breve silencio. Luego, dijo:

—Lo estoy, querida. Una explosión ha destruido la motora, y tu padre estaba a bordo.

CAPITULO VII

El oficial de Seguridad gruñó:

—Ha habido un atentado criminal, capitán, no cabe la menor duda.

Vince Scott rechinó los dientes.

—Mataron a un pobre anciano —dijo con voz ronca—. No me hicieron pedazos a mí porque me retrasaron en el Centro de Diseño.

—¿Se le ocurre por qué motivo pueden haber cometido ese atentado?

—Sólo puedo pensar que quisieran destruir la nave por lo que llevaba a bordo. Aunque eso se me antoja una estupidez. Podemos sacar del mar otros peces muertos para analizarlos.

—¿Qué peces?

—Es un informe que ya presenté en el Centro, teniente.

—Muy bien, hablaré con mis superiores y la investigación se llevará con toda la rapidez posible.

El oficial esbozó un breve saludo y se alejó a grandes zancadas.

Vince se aproximó al borde del muelle. La tremenda explosión había destruido una buena parte del embarcadero, además de la gran motora. Sobre las oscuras y quietas aguas flotaban restos de la embarcación y el piloto del espacio permaneció unos minutos inmóvil, absorto en sus pensamientos.

Fue en aquel instante cuando el mar pareció reventar en el horizonte, alzarse como si de sus entrañas brotaran todas las furias del infierno.

Fue una explosión que levantó una colosal montaña de agua y que a pesar de la distancia estremeció los muelles hasta sus cimientos. Luego, una gigantesca ola llegó rugiendo y las embarcaciones amarradas se encabritaron, estrellándose unas contra otras sembrando el caos y el terror.

Antes que pudiera retroceder, Vince fue atrapado por el alud líquido y arrastrado dando tumbos hasta el pie de los hangares.

Se levantó, aturdido, con una sorda ira estremeciéndole. Ahora no podrían sacar ningún pescado más de los que él viera allá abajo, muertos por una extraña energía destructiva.

Los hombres corrían despavoridos de un lado a otro, mientras el mar se aquietaba nuevamente y las embarcaciones destruidas se hundían, o crujían lastimosamente tumbadas de costado, alguna descansando sobre el muelle adonde la había arrojado la gran ola.

Vince, chorreando, se alejó del lugar. Ahora estaba convencido de que la visión del desgraciado anciano era el primer toque de alarma, el primer aviso sobre una siniestra amenaza llegada de más allá del espacio… y quizá del tiempo.

* * *

Estaban sentados en la terraza, a oscuras. Madge había soportado bien el golpe. No así Rhona, que apenas podía contener los sollozos.

Vince encendió un cigarrillo y murmuró:

—Cálmate, querida. Piensa sólo que por lo menos tu padre no padeció en absoluto. Todo sucedió en décimas de segundo, de modo que ni siquiera pudo darse cuenta de lo que pasaba.

—Pero ¿por qué, Vince, por qué? El nunca había hecho daño a nadie.

—No atentaron específicamente contra él, sino contra lo que nosotros habíamos sacado del fondo. Por las razones que fueran, no querían que el pez espada fuera analizado. Por el mismo motivo destruyeron los que quedaron en las profundidades.

Madge exclamó:

—¿Quiénes, Vince?

—Ojalá lo supiera.

—¿Extraterrestres?

—En cualquier caso, parece que no caben dudas de que el hecho concreto y desencadenante de lo sucedido fue la llegada de la extraña nave que tu padre vio. Y si se trata de la misma que me adelantó a mí en el espacio estoy dispuesto a jurar que no pertenecía a este planeta nuestro.

—Entonces, eso equivale a aceptar que entre nosotros hay seres de otro mundo… a los que no podemos ver.

—Tal vez, pero no necesariamente.

—¿Por qué no?

—Simplemente, porque hay infinidad de posibilidades tan buenas como ésta. Piensa un poco, Madge… Habrían de ser idénticos a nosotros para pasar inadvertidos. O deberían ser invisibles, teoría tan absurda como otra cualquiera…

—Entonces, ¿qué se te ocurre?

—Algo que no te gustará. Mira, Madge, ¿quiénes sabían que ayer se hicieron varios intentos de exploración?

—Bueno…, los que tomaron parte con nosotros, y luego los que te vieran a ti con los equipos…

—Así es. Hice algunas averiguaciones antes de venir aquí. Los oficiales de la Patrulla Marítima hablaron del asunto con los oficiales del muelle. Los buceadores, otro tanto… Pero no hablaron con

extraños, aunque cualquiera que estuviera cerca de esos hombres cuando lo comentaron pudo escucharlo sin dificultad. Y para eso había de ser un hombre de la Tierra.

—Ya comprendo…

—Eso nos lleva a pensar que tienen cómplices terrestres.

Rhona balbució:

—¿Cómplices para qué, Vince?

—No puedo saberlo. Pero no puedo menos que recordar a la embajada de un lejano mundo que fue asesinada por orden del Consejo, hace años. Quizá ahora sus hermanos han decidido vengarlos.

—¿Cómo, declarándonos la guerra desde su lejano mundo?

—Eso también lo ignoro.

Madge terció de nuevo en el diálogo:

—No poseen armas capaces de destruir nuestros logros, Vince, eso nos consta. Nuestras ciudades pueden resistir un ataque nuclear sin venirse abajo. Y el ejército posee un armamento tan poderoso y sofisticado que pulverizaría en cuestión de instantes la más poderosa flota interplanetaria que se presentara en nuestra atmósfera. Y para atacar a la Tierra necesitarían una verdadera flota de naves interplanetarias…

—Te repito que es imposible llegar a ninguna parte con todas estas hipótesis. Pero tengo la esperanza de que las computadoras del Consejo Central consigan desentrañar el misterio.

Rhona suspiró:

—Dame un cigarrillo, Vince —suplicó.

El le encendió uno, viéndola sobreponerse a su dolor.

—¿Quieres beber algo? —sugirió.

Rhona sacudió la cabeza.

—No, gracias, querido. ¿Se sabe de qué mundo vinieron aquellos seres que fueron muertos a su llegada?

—De un planeta llamado Thorn, pero no fueron muertos a su

llegada, sino mucho después. No sé qué deseaban de nosotros, eso sólo lo sabe el Consejo, pero su petición debió desencadenar una ola de pánico y eso fue lo que decidió a los miembros del Consejo a darles muerte.

—Pero debieron venir en una nave… ¿No había otros en ella?

—No. Y la nave en que llegaron se autodestruyo por sí misma cuando aquellos hombres murieron.

—¿Hombres? —masculló Madge—. No creo que lo fueran.

—Eran seres humanos, aunque pertenecieran a otro mundo, Madge —le reprochó su hermana.

—Sólo se diferenciaban de nosotros en la estatura y en el color de la piel. Siempre me ha intrigado lo que deseaban llevarse de la Tierra.

Con voz chirriante, Madge dijo:

—Si han vuelto dispuestos a vengar a sus camaradas, temo que pronto lo sabrás, Vince…

Estas palabras quedaron flotando en la tensa atmósfera de la terraza. Vince pensó que si llegaba un momento en que semejante detalle se hiciera público, significaría que el horror de una guerra estaba a punto de ser desencadenado, porque sólo en este caso el Consejo revelaría a las gentes el secreto hasta entonces tan bien guardado…

CAPITULO VIII

—Debes comunicarte con ellos —insistió Joannis Kalvos una vez más—. Deben saber lo sucedido.

Metaixas soltó una maldición.

—Tú estabas allí cuando nos dieron las instrucciones... Sólo podemos utilizar el comunicador en caso de extrema gravedad, para variar la fecha definitiva. Y hasta ahora no veo que lo ocurrido obligue a ningún cambio.

Kalvos no pudo evitar un gesto de impaciencia.

—¡Eso deben decirlo ellos! —estalló—. Si por callar ahora algo sale mal será una catástrofe para todos nosotros.

Metaixas miró al otro silencioso individuo.

—¿Cuál es tu opinión, Kettisha? —preguntó.

—Habría que analizar cada fase de este asunto y decidir después. Sabemos que un viejo vio hundirse la nave que transportaba el material, dirigida a distancia. También sabemos que una Patrulla Naval buceó en el lugar donde creían que se había sumergido y no encontraron nada...

—Pero a la mañana siguiente, o sea, la mañana de hoy, el viejo volvió al mar en compañía de un hombre y una mujer —dijo Kalvos, ceñudo—. El hombre joven y la mujer se sumergieron cambiando de posición cada vez y dieron con algo que no habíamos previsto. Tú lo sabes tan bien como yo, Metaixas.

—Está bien, sacaron un pez espada muerto y vieron que había otros. Si hubiesen podido analizar el pez...

Pero conseguimos evitarlo y volamos asimismo aquel paraje submarino. Ya nadie puede averiguar nada en absoluto. Además, el viejo ha muerto también.

—Pero quedan la pareja de buceadores. Ellos «sí» vieron, y no cabe duda que informaran al Consejo Central.

—¿Qué podrán decirles? Sólo que vieron unos cuantos grandes peces muertos.

—Y un banco de coral aplastado, según nos dijo Hendy cuando volvió después de colocar las minas.

—Aunque sea así…

—¡Condenación! Comprenderán que un gran peso aplastó el coral. Y de eso a imaginar que ese peso era una nave sólo hay un paso, que darán cuando sus técnicos caigan en la cuenta que fueron radiaciones lo que mató a los peces.

—Bueno, eliminamos a esa pareja si eso ha de tranquilizarte —rió Metaixas.

—Siempre que se haga inmediatamente, esta misma noche. A menos que hayan informado al Consejo Central. Si lo hicieron ya no vale la pena arriesgar a nuestra gente en dos asesinatos más.

—¿Y en cuanto a advertir a nuestros socios?

Kalvos y Kettisha cambiaron una mirada. Fue este último quien decidió.

—Les avisaremos sólo si esa pareja ha informado ya de lo que vieron.

Metaixas asintió con un gesto.

—Me parece bien —dijo—. Voy a llamar a Bloch para que se ocupe de silenciar al hombre y a la mujer esta misma noche. Sé que viven en la casa del viejo que provocó estas dificultades, así que será un trabajo fácil.

Ya no tenían nada más que discutir. Habían pronunciado dos sentencias de muerte con absoluta frialdad e indiferencia. Para aquellos hombres, esas dos siniestras decisiones no tenían más valor que una decisión comercial.

* * *

Los dos hombres se aproximaron a la silenciosa casa a través del jardín.

En la oscuridad eran apenas dos sombras informes, agazapados tras el seto.

Bloch musitó:

—Entraremos por la terraza, me parece el lugar más accesible.

—Está bien —convino Hendy—. Pero si alborotan se alarmará todo el vecindario. Aquí las casas están muy juntas.

Bloch dirigió la mirada hacia la casa vecina. Los dos jardines se fundían uno en el otro sin separación alguna. En aquella casa brillaba una tenue luz en una ventana.

—No tienen por qué alborotar —murmuró al fin—. Dispararemos mientras duermen.

Hendy asintió y reanudaron la marcha con extremada cautela.

Encaramarse a la terraza resultó un juego de niños para los dos expertos asesinos. Allí tropezaron con la primera dificultad; el ventanal estaba cerrado y se componía de una enorme plancha de grueso cristal.

—La cerradura —susurró Bloch—. Ese es trabajo tuyo.

Hendy se agachó para examinar el sistema de cierre. Luego puso manos a la obra.

Bloch se recostó en la balaustrada y dirigió la mirada hacia la pálida luz de la casa vecina…

La casa de Rhona, donde Vince apuraba el último cigarrillo antes de entregarse al sueño.

A su lado, Rhona aventuró:

—Creo que nuestro deber era informar inmediatamente al Consejo Central, Vince…

—Ya presenté mi informe en los laboratorios del Centro de Diseño. Quería que analizaran al pez espada para saber qué lo había matado. Ahora les corresponde a ellos pasar el informe al Consejo Central. Sólo cuando lo hayan hecho el Consejo accederá a recibirme.

—Es una pérdida de tiempo absurda, ¿no te parece?

—Es algo más que eso, pero en cierto modo se justifica por la gran cantidad de entrevistas inútiles que habrían de soportar si cualquiera pudiera llegar hasta ellos con facilidad.

Aplastó los restos del cigarrillo en un cenicero y volviéndose hacia

la muchacha le sonrió.

—Tranquilízate, cuando sepan los detalles de cuanto expuse a los científicos del laboratorio no podrán menos que interesarse por el caso. Entonces podré exponerles mis sospechas, la hipótesis que hemos elaborado. ¿Conforme, linda?

—Sí, claro, Vince.

Este inclinó la cabeza y la besó suavemente.

—Vete a dormir ahora —murmuró—. Has recibido un golpe muy duro hoy y necesitas descanso.

—Lo siento tanto, Vince…, yo…

—Habrán más noches.

Accionó el control de la luz y la claridad difusa que no parecía brotar de ninguna parte se apagó lentamente hasta sumir la habitación en tinieblas.

Vince Scott comenzaba a dirigirse a su habitación, cuando el zumbido le hizo dar un brinco.

Sus sentidos se alertaron en un segundo y exclamó:

—¿Qué diablos fue eso?

Rhona, asustada, había retrocedido y le agarró nerviosamente del brazo.

—¡La alarma! —jadeó—. ¡En casa de Madge…!

—¿Alarma?

Pero la palabra le había hecho correr a su habitación y estaba revolviendo entre sus ropas.

—Instalamos sistemas de alarma conectados en las dos casas, Vince… Alguien acaba de abrir una ventana, o la puerta, desde el exterior.

El había empuñado la poderosa pistola «Lasser» y gruñó:

—¡No te muevas de aquí y no enciendas ninguna luz!

Salió a la terraza de un salto, pasó las piernas por encima de la barandilla y se dejó caer suavemente. Sus pies descalzos no produjeron el menor ruido al hundirse en el compacto césped. Corrió

por él hasta la puerta de la casa vecina, pero la puerta estaba bien cerrada ***y*** retrocedió hacia la terraza.

Antes de encaramarse arriba descubrió el enorme cristal corrido a un lado. Un instante después estaba arriba, deslizándose cautelosamente en el interior.

Atravesó la gran estancia sorteando los muebles. Deseaba gritar para que Madge despertara, pero temió que su aviso hiciera precipitarse a quien fuera que había entrado y descubriendo al mismo tiempo su posición. Calló y desembocó en el pasillo.

Vio una sombra que se inclinaba sobre una puerta. Más allá había otra esperando que el primero abriera.

Pegado al quicio dé la que acababa de pasar, Vince ordenó:

—¡Quietos donde están!

Oyó una imprecación. Instantáneamente, un brillante chispazo surgió de una de las sombras y el disparo mortal hizo saltar un trozo de pared frente a Vince.

¡Los intrusos estaban armados con pistolas semejantes a la suya, armas de reglamento!

No desperdició tiempo. Pulsó el disparador de la suya y esta vez el relámpago blanco del «Lasser» pegó en el hombre que había disparado primero. Hubo un estallido sordo y un horrible grito, y luego el golpe de un cuerpo al pegar contra el mueble que se derrumbó con estrépito.

La voz alarmada de Madge lanzó un grito desde el dormitorio. Alguien se alejó corriendo por el pasillo. Vince hizo otro disparo, pero todo lo que consiguió fue hacer saltar un pedazo de pared.

Madge estaba gritando y entonces abrió la puerta ante la que los dos intrusos habían estado manipulando. Vince gritó:

—¡Quédate ahí, Madge, no salgas!

—¡Vince!

—¡Aún queda uno de esos bastardos!

—¡Por lo que más quieras, el niño...!

Vince no replicó y volvió a atravesar la gran sala para salir de nuevo a la terraza. Oyó abrirse una ventana a su izquierda.

Levantó la pistola y esperó.

El frustrado asesino saltó al jardín sin vacilar. Vince disparó a sus pies y el rayo hizo saltar un montón de tierra y derribó al hombre dando tumbos sin herirle.

—¡Párate ahí, maldito! —le gritó.

El hombre era Hendy. Se levantó como si hubiera rebotado, volviéndose con su pistola lista para disparar. El arma fue visible un instante en su mano cuando giró convenciendo al piloto de que aquel individuo no pensaba entregarse sin pelear.

De modo que hizo otro disparo a los pies de la oscura silueta.

Hendy emitió un bronco alarido y se fue rodando hasta el extremo del jardín. La descarga había fallado en cierto modo, porque en lugar de estallar a sus pies sin tocarle le acertó en las piernas, y un disparo de un arma «Lasser» era capaz de agujerear un muro de hormigón.

Vince saltó de la terraza y corrió hacia él agazapado, porque si el otro conservaba fuerzas para disparar aún podía matarle.

Hendy estaba caído de bruces con los brazos extendidos. Había perdido el conocimiento a causa del espantoso dolor. Sus piernas habían desaparecido de la rodilla para abajo.

Desde la terraza Madge chilló:

—¡Vince! ¿Dónde estás?

—¡Quédate ahí, todo va bien!

Rhona apareció como una sombra blanca corriendo en su jardín. Se había envuelto en una túnica blanca que flotaba a su alrededor, y a pesar de las circunstancias el piloto apreció la mágica belleza de aquella mujer.

—¿Qué sucedió, Vince? —preguntó, deteniéndose.

—Había dos intrusos. Los malditos, me dispararon con un «Lasser» en cuanto les grité...

—¿Con pistolas «Lasser»?

—Madge necesitará hacer algunas reparaciones en la casa...

Se inclinó, recogiendo el arma de Hendy. Entonces llegó Madge y estaba casi desnuda. El miedo y la excitación le habían impedido

pensar en eso.

—¿Quiénes eran, Vince, cómo llegaste a tiempo…?

—La alarma —dijo Rhona—. Sonó en casa cuando abrieron alguna ventana.

—El cristal de la terraza —aclaró Vince—. Y no sé quiénes eran, pero habían entrado dispuestos a matar. ¿Has comprobado que el chiquillo esté bien?

—Ni siquiera se ha despertado.

—Pues es todo un dormilón contando con los gritos que han habido.

—He visto al otro caído en el pasillo… Es horrible.

—Lo siento. En la oscuridad no se pueden hacer filigranas con esta clase de armas. Ellos dispararon en cuanto les ordené entregarse.

—Voy a llamar a Seguridad.

El sonrió mirándola de arriba abajo.

—Primero ponte algo encima, querida. Hasta los oficiales de Seguridad tienen corazón, ¿sabes?

—¡Oh!

Se fue apresuradamente y Rhona comentó:

—Nunca había sucedido nada semejante. Vince, desde los tiempos en que unos ladrones inquietaron este vecindario. Fue entonces que instalamos los circuitos de alarma…

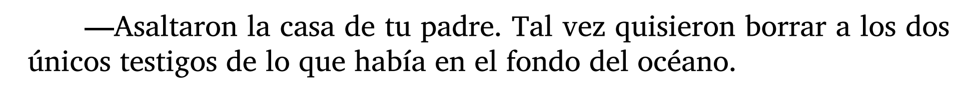
—Esos no eran ladrones.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque ningún ladrón es lo bastante insensato como para ir armado con «Lasser». Esas son armas oficiales y quien las utiliza sin licencia es condenado sin proceso a las colonias de trabajo de Marte. Y si disparan, aunque no causen heridas a nadie, la pena es la muerte.

—Entonces, ¿qué piensas que buscaban?

El la miró fijamente. En la oscuridad, el óvalo suave de la cara de Rhona se le antojó aún más bello.



—Asaltaron la casa de tu padre. Tal vez quisieron borrar a los dos únicos testigos de lo que había en el fondo del océano.

—¡Vince!

—Nos buscaban a nosotros, querida. Sabían que el anciano que murió en la lancha vivía aquí. Lógicamente, su hija debía vivir en el mismo lugar.

Ella se estremeció. En el suelo, Hendy emitió un largo quejido.

—Reúnete con Madge —dijo el piloto—. Yo me ocuparé de este individuo hasta que lleguen los oficiales de Seguridad.

Temblando, Rhona le obedeció. Vince se inclinó sobre el asesino.

—¿Me oyes, miserable? —le espetó.

Le replicó un grito de dolor.

—¡Mis piernas...! —sollozó Hendy, apenas sin voz.

—Nunca más volverás a andar por tu pie, suponiendo que vivas. ¿Cuál era vuestro propósito? Habla o perderás algo más que las piernas.

—¡Un... médico...!

—No vas a necesitarlo de cualquier modo que vayan las cosas. Has disparado contra un capitán de las Fuerzas Espaciales, y con una pistola «Lasser» nada menos. Si vives lo suficiente serás ejecutado.

Hendy le miró ladeando la cabeza. Una expresión de pánico distorsionó su cara hundida en la hierba.

—¿Por qué ese ataque, quién lo ordenó?

—No sé..., mi compañero.

—Tu compinche está muerto, de modo que no pretendas cargar sobre él la responsabilidad.

Hendy calló.

Empezó a oírse un creciente zumbido y unos instantes después un rojo *autoplan* giró sobre las casas para ir a descender en la calle.

Los oficiales de la Seguridad habían llegado. Vince se alegró de ello porque aquellos rígidos individuos sabrían cómo entendérselas con el asesino...

CAPITULO IX

—¿Crees que lo intentarán otra vez? —se inquietó Rhona.

Estaban reunidos en la casa de Madge. Por el abierto ventanal se insinuaba la aurora y la oscuridad del mar adquiría matices menos sombríos.

—Tal vez no —dijo Vince sin convicción—. Esperemos que los especialistas de Seguridad consigan una confesión de aquel tipo. Así sabríamos por qué asaltaron esta casa.

—Pero tú sigues creyendo que querían matarnos...

—No se me ocurre otra explicación.

Madge intervino:

—Si tus teorías son ciertas, Vince, esos hombres eran cómplices de los que llegaron en esa nave del espacio. ¿No es así?

—No necesariamente. Me inclino por creer que eran mercenarios, profesionales de la muerte. Si eso fuera cierto no veo cómo los extranjeros llegados de un lejano mundo pudieron localizarlos. De lo que no me cabe la menor duda es de que, sea lo que fuere que pretenden, es sumamente grave. En esta época el crimen es castigado de modo terrible, así que sólo pueden cometerlo gentes que esperan obtener inmensas compensaciones. Y por mucho que hubieran podido robar aquí no les compensaba del riesgo ni mucho menos.

Madge miró hacia los tremendos desperfectos que los disparos del «Lasser» habían causado en el pasillo, más allá del salón, y no pudo contener un violento escalofrío.

Sonó la llamada del videoteléfono. Vince se levantó con presteza.

—Debe ser la Seguridad. Yo lo atenderé.

Conectó el circuito y en la pantalla apareció la imagen de un oficial de Seguridad. El piloto se colocó frente al objetivo que captaba su propia imagen y dijo:

—Scott al habla, teniente.

—Le prometí informarle de las declaraciones del detenido, capitán Scott.

—¿Qué ha declarado?

—Se encerró en un completo mutismo desde el principio… Murió sin haber dicho nada.

—¿Ha muerto?

—Así es. Sabemos su nombre, Par Hendy, pero eso es todo. Lo lamento. Buenos días, capitán.

Antes que pudiera replicar, la imagen se esfumó del visor y el aparato quedó mudo. Lo desconectó, regresando junto a las dos hermanas.

—¿Lo oísteis?

Las muchachas asintieron. Madge murmuró:

—Deben haberle maltratado para que muriera tan pronto… Un médico hubiera podido…

—Algún día alguien habrá de cambiar los brutales métodos de esas gentes de la Seguridad. Ya no estamos en tiempos de emergencias…, aunque ellos opinen lo contrario.

Rhona se acurrucó contra él sobre el gran diván.

—Tengo miedo, Vince —susurró—. ¿Por qué tienen que matarnos? Ya hemos pasado el informe a los laboratorios… a estas horas debe haber llegado al Consejo… Entonces, ¿por qué?

—Supongo que la única razón es que ellos lo ignoran.

—Es sarcástico que después de haber avanzado de manera increíble en todos los órdenes de la técnica y de las ciencias, los hombres sigan siendo insignificantes juguetes de sus instintos…

No obtuvo respuesta. Vince había rodeado la cintura de Rhona con su brazo y la muchacha, soñolienta y agotada, apoyaba la cabeza en su hombro.

Se levantó con un gesto de disgusto.

—A menos que penséis pasar la noche en ese diván…

—Prefiero irme a la cama —gruñó el piloto.

Se levantó, alzando a Rhona casi en vilo hasta que estuvo de pie. Luego, los jóvenes se dirigieron a sus respectivos habitáculos. Madge

siguió con el ceño fruncido cuando salieron de la casa.

Luego, su rostro cambió. Una honda tristeza se reflejó en su mirada, en cada rasgo de su hermosa cara. Tal vez la tristeza y la amargura de la soledad.

CAPITULO X

Metaixas medía la estancia a grandes zancadas ante las miradas inquietas de los otros dos hombres sentados en torno a la mesa.

Profundamente inquieto, Kalvos preguntó:

—¿Cómo sabremos si nos han delatado o no? La Seguridad posee medios sobrados para hacer hablar a un mudo.

—Bloch murió en la casa y era el único que nos conocía. Por lo menos me conocía a mí que era quien le daba instrucciones. En cuanto al otro —añadió Metaixas—, Hendy, recibía las órdenes de Bloch. No habrá podido contar nada comprometedor para nosotros.

Con voz sorda, Kettisha gruñó:

—Sólo que voló la motora y colocó las minas en el fondo del océano.

—Bueno, aunque lo dijera no sabrán tampoco quién se lo ordenó. No fui yo personalmente, sino Bloch. Y éste está muerto.

—Y la pareja que buceó vive —replicó Kalvos, sombrío.

—A estas horas deben haber informado ya después de todo lo que les ha pasado. Al demonio con ellos.

—¿Y con nuestros socios?

Metaixas le clavó la mirada.

—¿Qué te preocupa, Kalvos?

—Todo el plan.

Metaixas sacudió la cabeza. A medida que reflexionaba iba tranquilizándose.

—¿Crees que fallará?

—No lo sé, pero desconfío de esos malditos individuos.

—Tú desconfiarías hasta de tu sombra. Ellos harán su parte y nosotros la nuestra, eso es todo. No pueden fallar.

—Ellos tal vez no, pero hay otros factores…

Metaixas sacudió la cabeza. Sin una palabra se dirigió al muro y descorrió un panel. Apareció una cabina de proyección y él manipuló en la máquina.

—Voy a mostrarte una cosa, Kalvos, y después dejarás de gruñir malos presagios.

Una pantalla se iluminó. Antes que apareciera la imagen Metaixas aún preguntó:

—¿Alguno de vosotros vio los reportajes del terremoto que destruyó la costa oriental?

—Yo no, pero oí hablar de eso —replicó Kalvos.

El otro no dijo nada, sólo negó con un gesto.

Metaixas conectó la cinta y gruñó:

—Atención ahora…

En vivo color apareció un paisaje abrupto contra el que se estrellaba el mar con blancos crespones de espuma. Los roquedales se extendían hasta el infinito, y en los fotogramas, aunque lejanos, se distinguían dos aglomeraciones urbanas, una de ellas encaramada en la ladera de un monte.

Era un paisaje de agreste belleza en el que crecía una vegetación rala y polvorienta.

Kalvos comenzó a impacientarse a medida que pasaba el tiempo con la misma perspectiva en la pantalla.

—Bueno, ¿dónde está el secreto? —gruñó—. Ese paisaje no tiene el menor aliciente para mí.

—Sigue mirándolo. La cámara estaba fija en lo alto de una montaña, equipada con un teleobjetivo magnético.

¿Y qué?

—¡Mira!

El paisaje pareció agitarse, de pronto, cual si la cámara hubiera

sido movida violentamente. Sólo que no era la cámara lo que se movía, sino la tierra. Comenzó a elevarse uña nube de polvo y las olas del mar saltaron de repente contra los roquedales.

Estos mostraron de pronto grandes grietas comenzando a desmoronarse. Velozmente todo se convulsionó con aterradora violencia y las poblaciones del fondo desaparecieron cuando el monte se desmenuzó, estallando como un volcán.

Kalvos contuvo el aliento. Kettisha emitió una suerte de balido que expresaba todo el espantado estupor que le paralizaba.

En pocos segundos sólo quedó en la pantalla una densa nube de polvo que impedía ver absolutamente nada. Un polvo oscuro y espeso. Luego, el polvo comenzó a descender y comenzó a distinguirse el agitado mar saltando embravecido tierra adentro…

Una tierra que ya no era la misma, porque los roquedales se habían hundido, los montes desplazado o desaparecido y todo daba la sensación de un mundo muerto y resquebrajado.

Metaixas gruñó:

—¿Y bien?

Ninguno replicó. Miraban, fascinados, las nuevas imágenes, como si la cámara hubiera sido trasladada a otro lugar completamente diferente del primero que enfocara. Ahora no había pueblos ni colinas.

Sólo desolación y colosales grietas que partían el suelo mostrando unas negras simas de las que seguía brotando aún el polvo.

Al fin la imagen desapareció de la pantalla y Metaixas cerró el mamparo que ocultaba todo el equipo.

—Si ahora te queda alguna duda, Kalvos, es que no tienes ni la mitad del cerebro que yo imagino.

—¡Es increíble!

—Ellos me indicaron dónde debía colocar la cámara. Dijeron el segundo exacto en que se produciría el terremoto y la extensión de tierra que alcanzaría. No se equivocaron en lo más mínimo.

—¡Un terremoto controlado! —jadeó Kettisha, estupefacto.

—No —dijo Metaixas—. Un terremoto artificial. Ellos lo provocaron, aunque al hacerlo se destruyó el equipo de que se había

valido. Por eso hubo que traer otro con el cohete dirigido a distancia. El equipo que están instalando en estos momentos...

Los dos hombres sentados a la mesa cambiaron una mirada asombrada.

Metaixas aún puntualizó:

—Las dos poblaciones que se veían en la cinta estaban construidas con los nuevos materiales y las técnicas antinucleares. Eran prácticamente indestructibles..., excepto por un terremoto. ¿Aún queda alguna duda de que ya nada impedirá que el poder sea nuestro dentro de pocos días?

Kalvos sacudió la cabeza. Kettisha murmuró:

—Por mi parte ya no me queda la menor duda. Únicamente me preocupa lo que esos seres nos exigirán después.

—El trato está bien claro. Todo lo que quieren es lo que se les negó en dos ocasiones anteriores. Es de vital importancia para ellos obtenerlo o perecerán...

—Pero si saben que mediante esos terremotos pueden imponernos sus condiciones...

Metaixas sacudió la cabeza.

—Pensé en eso, pero no me inquieta en absoluto. En primer lugar, porque confío en sus promesas. Una vez conseguido lo que necesitan no volverán a importunarnos. Es más, su estancia en nuestro planeta les es fatal, acorta sus vidas considerablemente. Por otro lado, llegar aquí desde su lejano mundo significa un período de años de trabajo y un inmenso despilfarro de energía. Y luego están los equipos..., traerlos, montarlos... No, cumplirán su palabra.

Kalvos murmuró:

—Lo único malo de todo esto es la gente que habrá de morir, además del Consejo en peso.

—¿Te sientes humanitario a estas alturas? —se burló

Metaixas—. Ya sucumbieron los habitantes de esos dos pueblos que viste en las imágenes. Hubo que sacrificarlos para esa demostración y maldito si me importó. Y ya que estamos en eso, ninguno de los dos mostró la menor objeción a que Peyton fuera eliminado.

Kalvos se encogió de hombros. Para él, la cosa estaba bien siempre que saliera según sus deseos.

Poco más o menos era lo mismo que opinaba su compañero Kettisha, de modo que ya no hubieron más discusiones.

Sólo cuando se levantaron, Kalvos indagó:

—¿Qué decidimos en concreto respecto a esa pareja de buceadores?

—Nos quedan tres hombres seguros tan sólo. Y uno que es de suficiente confianza para que nos conozca al recibir instrucciones. Opino que no interesa arriesgarlos en algo que ya a estas alturas sería inútil porque deben haber informado de lo que vieron. Dejemos al Consejo devanarse los sesos..., dado que ya les queda tan poco tiempo.

—Lástima haber perdido a Bloch —refunfuñó Kettisha—. Era el más hábil de todos...

—Y el más ambicioso —retrucó Metaixas—. Era fiel porque le pagaba una fortuna por cada trabajo que realizaba, pero no se fiaba de nosotros más de lo que confiábamos nosotros en él. En cierto modo es conveniente que haya muerto porque cuando un individuo como ése adquiere demasiada seguridad sobre sus jefes puede volverse peligroso.

—En eso tienes razón.

Ya nada más le quedaba por discutir. Fijaron la hora de una próxima reunión y los tres abandonaron el imponente edificio de negocios que se alzaba, rodeado por multitud de serpenteantes pistas elevadas surcadas a todas horas por un enjambre de veloces vehículos silenciosos...

CAPITULO XI

Apenas había salido del baño a la mañana siguiente, cuando oyó las voces de las dos mujeres bajo sus pies. Calculó que estarían en la cocina y no pudo menos que asombrarse de que Madge, implacable consigo misma cuando se trataba de su trabajo, se hubiera tomado un día libre, porque a esas horas de la mañana ya debería haber estado en su estudio del Centro de Diseño.

Se enfundó los pantalones y una blusa ligera para combatir el calor y descendió las escaleras.

Madge se volvió al oírle. Llevaba un pequeño objeto en la mano.

—Mira eso, Vince —dijo—, lo encontré al levantarme, en un rincón del pasillo.

Era un estuche a presión conteniendo tres pequeñas llaves. Cada una de ellas tenía una cifra de letras y números grabada, como la mayoría de las llaves que se utilizaban en las ciudades.

—Debió caérsele a alguno de los dos asaltantes y nadie lo vio hasta hoy —añadió la muchacha.

—¿Has informado a Seguridad?

—Aún no.

—Yo lo haré —decidió Vince, embolsándose el llavero. Luego preguntó—: ¿Has dejado el empleo, Madge?

—No bromees. Solamente he notificado que necesitaba un día de descanso, eso es todo.

—¿Crees que podrán continuar el trabajo sin ti los otros cinco mil especialistas del Centro, querida?

La voz sarcástica de Rhona a sus espaldas la hizo girar en redondo. Por un instante, el piloto pensó que se disponía a replicar violentamente, pero al fin acabó por sonreír.

—Ya sé adonde quieres llevarme, pero no me cazarás de nuevo con tus teorías... —dijo, tranquila.

—¿Qué teorías? —quiso saber Vince.

—Las de la insignificante pieza de la gran maquinaria y todo eso. Rhona suele repetirse de manera lamentable al respecto.

—Ya veo. ¿Cómo está el asunto del desayuno en esta casa, chicas?

—¿Tienes prisa por ir a alguna parte?

—Hay varios asuntos que debo resolver antes de la tarde. El primero en el Centro de Coordinación de Vuelos.

Rhona contuvo el aliento. Aquello sólo podía significar una cosa; que Vince se dispusiera a presentar su renuncia aquella misma mañana...

* * *

Sólo que se equivocó.

El Centro de Coordinación de Vuelos era una ingente mole construida con las más sofisticadas técnicas de seguridad. Allí se proyectaban los complicados y arriesgados viajes espaciales, se instruía a los pilotos y tripulantes, se proyectaban nuevas expediciones a los abismos insondables del espacio, al tiempo que se mantenían constantes comunicaciones con las naves en vuelo, con la Luna y Marte y los satélites artificiales que exploraban de modo autónomo Venus y las lunas de Júpiter.

Gigantescas computadoras ocupaban toda una inmensa sala a la que nadie ajeno al servicio tenía jamás acceso. Vince hubo de esperar a que el oficial jefe de computadoras saliera a recibirle.

—Supe que habías regresado —le saludó aquel hombre afable y cordial—. Y me enteré de tu carrera espacial con un bólido desconocido.

—Si hubiese sido una carrera yo hubiera salido derrotado en toda la línea. No tienes idea de lo que era aquello.

—Seguro que no la tengo. Ni yo ni nadie, supongo. Bueno, ¿qué puedo hacer por ti?

—Tenso tres cifras correspondientes a tres llaves magnéticas, por lo tanto deben estar registradas en alguna parte. Quiero saber a qué puertas pertenecen. ¿Cómo podría hacerlo?

—¿Estás seguro que son llaves magnéticas? Porque en caso contrario sería una pérdida de tiempo. Sólo las magnéticas constan en los registros.

—No hay ninguna duda.

—Bueno, ese registro está en el archivo de datos del Centro Cívico. Puedo obtenerlos por medio directo en unos minutos.

—Te lo agradeceré mucho.

Le entregó las tres llaves y el jefe de computadoras le dejó solo.

Esperó apenas cinco minutos.

—Aquí tienes. Dos domicilios privados y un departamento

acorazado.

—¿Un qué?

—¿No conoces ese nuevo negocio de las grandes ciudades?

—No. ¿Olvidas que estuve dos años fuera de aquí? En Marte las cosas son más sencillas.

—Claro —rió el técnico—. Esos departamentos son cajas acorazadas a prueba de todo. Nada es capaz de destruirlas. Ni una explosión nuclear siquiera. Bueno, a alguien se le ocurrió que sería una buena idea construir grandes edificios en lugares estratégicos y abarrotarlos de departamentos acorazados de ese tipo. Lo hizo y ha ganado centenares de millones en poco más de un año simplemente alquilándolos.

—Ya veo. Es lo mismo que hicieran los Bancos en los tiempos pasados.

—Con algunas variantes, la principal que los departamentos están equipados con cerraduras magnéticas. Son inviolables si no se posee la llave.

—Entiendo. ¿Y las otras dos cifras corresponden a esos domicilios? —masculló examinando el papel.

—Ni más ni menos. ¿Quién vive en ellos, Vince, chicas embobadas por los hombres del espacio?

El piloto esbozó una risita.

—Te asombraría saber la clase de chica que podrías encontrar ahí… Gracias por tu ayuda. No lo olvidaré.

Se fue antes que su amigo le hiciera más preguntas.

El primer domicilio que visitó guiándose por las señas anotadas por el técnico estaba invadido por los oficiales de la Seguridad. Era el de Hendy.

Se alejó discretamente, dirigiéndose al segundo sin utilizar ningún vehículo. Después de tanto tiempo de ausencia le gustaba caminar y ver las calles, la gente, el raudal de agitada vida que se aglomeraba a su entorno.

La segunda dirección correspondía a un gran complejo de viviendas individuales de alquiler. Buscó la puerta del que buscaba y

tras una vacilación llamó.

No obtuvo respuesta alguna. Entonces introdujo la llave en la cerradura. Apenas medio segundo después el mecanismo magnético expulsó la llave y abrió la puerta.

Vince entró rápidamente, cerrando a sus espaldas.

La vivienda no tenía nada de atractiva, como no fueran algunos de los muebles de apariencia confortables. Por lo demás no había ni un solo detalle que delatase la personalidad del inquilino.

Tras asegurarse de que no había nadie en la vivienda inició un metódico y cuidadoso registro.

En el bolsillo de un traje colgado en un armario encontró un portadocumentos. Todos ellos estaban a nombre de Chester Bloch, y la fotografía metalizada correspondía al hombre que muriera en el pasillo de la casa de Madge.

De modo que las llaves debían haberle pertenecido a el casi con seguridad. Y ahí estaban sus documentos, como era de esperar en un asesino profesional.

Continuó la búsqueda de algo que ignoraba lo que pudiera ser. Estaba convencido de que aquellos dos individuos habían actuado bajo las órdenes de alguien importante, alguien que estaba en posición de contratar asesinos y pagarles bien. Eso no estaba al alcance de cualquiera, porque ni siquiera en una época como la que le había tocado vivir los asesinos se anunciaban en los noticiarios.

No encontró nada que pudiera guiarle. Sin embargo descubrió algunos rasgos que delataban, en parte, el carácter de Bloch.

En un cajón encontró toda una colección de viejas facturas cuidadosamente ordenadas por fechas. Las había de alquileres en distintas ciudades; de compras de vestidos, de lavandería y alquiler de vehículos...

Las escasas ropas del personaje estaban cuidadosamente ordenadas, y no había nada fuera de su lugar en ninguna parte.

También encontró algunas cartas antiguas que no significaban nada en la actualidad. Eran cartas de dos mujeres distintas, residentes en ciudades diferentes.

Eso fue todo.

Abandonó la vivienda del que ya era difunto Bloch y se encaminó al colosal edificio de los departamentos acorazados.

Era una ingente mole que se alzaba casi hasta perderse de vista en las alturas. El interior estaba dividido en plantas donde se alineaban los departamentos construidos de modo que se afianzaban unos a otros formando una suerte de colmena. El *metaluro* con que estaban fabricados los hacía realmente invulnerables. Debía haber infinidad de millares en toda aquella mole.

Invirtió más de quince minutos en localizar el que buscaba. Introdujo la diminuta llave y esperó unos instantes hasta que el mecanismo hizo su trabajo y la gruesa y pesada puerta se abrió.

En el primer momento le pareció que el interior estaba vacío. Desalentado, tanteó con la mano hasta el fondo y así atrapó un pequeño cuaderno rígido.

De nuevo esperanzado, lo sacó, examinándolo. Era en realidad una cinta *voz-imagen* insertada en su estuche de seguridad.

Necesitaría un reproductor especial para conocer su contenido, pero eso no era obstáculo.

Abandonó el edificio, ahora mucho más impaciente que a su llegada. Entró en el primer comercio que halló a su paso y adquirió un reproductor de *voz-imagen* en uno de los vendedores automáticos.

En cuanto llegara a casa de Rhona podría saber qué guardaba la pequeña cinta. Tal vez no fuera importante para sus propósitos.

Impaciente, y sin detenerse, introdujo la cinta en el reproductor y pulsó el botón de puesta en marcha.

La diminuta pantalla se iluminó. Vio la cara de Bloch hablando al tiempo que la voz del asesino comenzaba:

Esta cinta es mi seguro de vida. Si alguien la encuentra alguna vez significará que no he sido lo bastante precavido y en consecuencia…

Subyugado, Vince siguió escuchando unos minutos más, cada vez más estupefacto, más iracundo. Luego, apagó el reproductor, apresurándose para llegar a casa de Rhona y escuchar aquella asombrosa sucesión de hechos increíbles con calma suficiente para analizarlos y decidir después…

CAPITULO XII

Metaixas dijo:

—Me recibirán a última hora de la tarde. Todavía soy un personaje lo bastante poderoso para que el Consejo acceda a verme sin necesidad de pedir audiencia con días de anticipación.

—Lo importante es que te crean, que se traguen el anzuelo y se reúnan en la fecha precisa.

—Seguro que lo harán. Desde su punto de vista voy a facilitarles el escondrijo de una nave interplanetaria que llegó sin ser detectada por los sistemas de alarma. Eso les hará saltar hasta el techo. Claro que ellos no sabrán que se trata del cohete dirigido que llegó con el material. No pueden recuperarlo para viajar en él y habían de abandonarlo de todos modos.

—Pueden descubrir que es una nave sin tripulantes...

—Para eso habrán de sacarla del mar, trasladarla a cualquier base y estudiarla allí. Para entonces el poder estará en nuestras manos.

Kalvos asintió.

—Me parece una idea excelente. Habrán de reunirse todos los miembros del Consejo para tomar una decisión de esta clase...

—Justamente. Y cuando estén reunidos la tierra se hundirá bajo sus pies y desaparecerán, ellos y todo su estado mayor. Cuando el mundo quiera darse cuenta todos los resortes del poder estarán en nuestras manos.

—Y habrá desaparecido una ciudad de un millón de habitantes —murmuró Kettisha, sombrío—. Eso es lo único que no me gusta.

—Si sientes heridos tus sentimientos humanitarios déjame decirte que has esperado demasiado a expresarlos.

—¡Maldita sea, déjate de sarcasmos! No tengo el menor sentimiento humanitario, pero esa ciudad posee las mayores riquezas de esta parte de la tierra. Riquezas que desaparecerán en un abrir y cerrar de ojos.

Metaixas se echó o reír.

—Esas riquezas serán una gota de agua en el mar cuando lo tengamos todo controlado y en nuestras manos. Piensa en eso y te sentirás mejor.

Se preparó para asistir a la cita con el Consejo. Aún cambiaron algunas impresiones más y antes de irse aún advirtió a sus cómplices:

—Esperadme aquí. Tengo el *autoplan* listo para abandonar la ciudad hasta que todo haya pasado y nos iremos juntos a mi regreso.

Se fue sin dedicar ni un solo pensamiento a la sentencia de muerte que habían pronunciado. Una sentencia que abarcaba a más de un millón de seres humanos...

* * *

La inmensa sala del Consejo Central de la Tierra tenía forma de cimitarra. Construida con riqueza, poseía hermosas esculturas que decoraban todo el semicírculo.

La mesa donde se sentaban los diez hombres que regían a la humanidad estaba en el centro, y más allá se sucedían los asientos de los consejeros científicos y militares formando una especie de paraninfo enriquecido con maderas exóticas.

Cuando Metaixas avanzó recto hacia la mesa central, el paraninfo estaba desierto. No había nadie más que cinco de los Consejeros esperándole.

Eso le satisfizo porque delataba que aquellos estúpidos consideraban su visita como una rutina más.

—Siéntate, Dionisios Metaixas —invitó el presidente de la mesa —. Te escuchamos.

—La información que me trae requerirá una decisión inmediata de todo el Consejo, presidente.

—Tal vez. Pero ¿no te parece que eso debemos decidirlo nosotros?

—Desde luego que sí.

—Habla.

—Durante una jornada de recreo en los cayos, a última hora de

ayer tarde, descubrí una nave espacial posada en el fondo del mar.

Los hombres cambiaron miradas y hubo algún murmullo, pero eso fue todo. Metaixas arrugó el ceño porque él había imaginado causar mucha más excitación.

El presidente indagó:

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

—¿No podría tratarse de algún viejo barco hundido?

—Eso ni siquiera me pasó por la imaginación. Buceé varias veces y me aseguré. Es una nave espacial como yo nunca había visto otra.

—¿Sólo la nave, no había tripulantes?

—No, presidente.

—Claro... imagino que si los hubiese habido no te hubieran dejado marchar con la información. Probablemente ahora estarías muerto, ¿no te parece?

—Estoy seguro.

Entonces otro de los Consejeros habló por primera vez.

—Más te hubiera valido, Metaixas —dijo.

—No comprendo...

Algo andaba mal. Algo que no había previsto. Súbitamente oyó pasos a sus espaldas y al volver la cabeza vio cuatro gigantescos oficiales de la Guardia de Seguridad del Consejo. Los cuatro se detuvieron tras él como esperando instrucciones.

El presidente ordenó:

—¡Detenedle!

Metaixas dio un salto. Se vio atrapado casi antes de que hubiera vuelto a tocar de pies en el suelo. Sonó el hominoso chasquido de los férreos grilletes. Los oficiales se situaron a sus costados, rígidos como aquellas hermosas esculturas de mármol y metal.

—¿Qué... qué significa esto? —barbotó, rabioso.

—Vas a tener que responder de múltiples crímenes, cometidos por

un hombre llamado Bloch por tu instigación. Pero sobre todo, Metaixas, habrás de responder de tu contacto con extraterrestres sin informar a este Consejo.

—¡No conozco a nadie llamado Bloch!

—¿Y a Andrew Peyton?

—¿Quién…?

El presidente sacudió la cabeza. Hizo una leve seña y Metaixas oyó nuevos pasos procedentes de la puerta.

Vince Scott llegó junto a la mesa y depositó en ella el reproductor. Sus ojos duros como el diamante miraron al acaudalado y ambicioso prisionero y sintió tentaciones de golpearle.

—El propio Bloch te ha delatado —dijo el presidente.

—¡Falso! Bloch murió la otra noche.

—No te contradigas, por favor. Antes dijiste que no le conocías… Cuénteselo, capitán.

Vince asintió.

—Bloch murió, ciertamente. Yo hube de matarlo. Pero era un hombre meticuloso en sus cosas, incluso en sus delitos. Tenía miedo también. Miedo de que un día sus poderosos jefes decidieran eliminarle temerosos de lo que él sabía. De modo que decidió grabar personalmente una cinta *voz-imagen* en la que detallaba cada delito que cometía, todos ordenados por Metaixas, o Kalvos, o un hombre llamado Kettisha… ¿Es necesario que siga? Puedes escuchar y ver a tu asesino en la cinta.

Metaixas se sentía morir de angustia. Aquello significaba la muerte. Y justamente cuando todo estaba programado al segundo para alcanzar el poder.

—Hay un pasaje de la cinta en que Bloch indica tu encuentro con seres de otro planeta. ¿Para qué, Metaixas? le acució Vince, implacable.

—¡El miente!

—¿Y esa nave que has venido a denunciar ahora? —preguntó el presidente.

—¡Eso es cierto y prueba mi lealtad hacia el Consejo! ¿No lo

comprenden? Si yo… si yo mantuviera relaciones con esos seres de otro mundo no hubiera venido aquí para que su medio de huida sea destruido.

—Más bien creo que esta colaboración tuya encierra otros designios. Espero que en las próximas horas encerrado en las celdas de los sótanos reflexiones y te decidas a sincerarte con nosotros. ¡Llévenselo!

Metaixas sabía muchas cosas de aquellas celdas fatídicas. El terror culebreó por su espinazo y durante unos instantes forcejeó desesperadamente con los hercúleos oficiales.

No le sirvió de nada.

Vince se volvió hacia el presidente.

—La existencia de esa nave sumergida ha sido toda una sorpresa —confesó—. ¿Por qué vendría a decirlo precisamente él?

—Hasta que podamos ocuparnos de su interrogatorio no lo sabremos. Entre tanto, acompañará usted a los expertos que irán a examinarla. Por cierto que Metaixas no dijo exactamente en qué lugar estaba hundida.

—Eso se lo arrancaré, yo, presidente, si me lo permiten.

—Apresúrese.

Vince se dirigió a la cinta volante que le llevaría velozmente hacia las entrañas de la tierra, bajo el inmenso palacio que gobernaba toda la Tierra.

La ira pugnaba por dominarle, porque aquel individuo que iba a interrogar era el asesino del anciano Gaigern, y posiblemente un traidor a toda la humanidad al aliarse con seres de otro mundo, con aquellos hombres o lo que fueran cuyos designios no podían ser ni pacíficos ni amistosos juzgando por su misterioso comportamiento.

Metaixas no ofreció la menor resistencia a revelar el lugar exacto donde estaba la nave-cohete. Pero se negó rotundamente a hablar de nada más.

Eso también le dio mucho que pensar…

El vehículo oficial le esperaba, con cuatro expertos buceadores y dos científicos del Centro de Diseño, especialistas en naves interplanetarias. Vince sólo dio la posición de lo que buscaban y el



silencioso y veloz aparato partió como una centella.

CAPITULO XIII

Doce horas después de su encierro, Metaixas vio llegar a dos oficiales. Le sacaron en volandas de la sombría celda y a empujones le obligaron a recorrer un largo pasadizo excavado en la roca viva.

Al final había una gran oficina. Era un lugar tétrico por su significado. Y por los tres interrogadores que le esperaban.

Metaixas temblaba. Hubiera querido saber con exactitud qué tiempo había pasado desde que le detuvieran. No deseaba morir aplastado en aquella ratonera. Pero tampoco deseaba que aquellos especialistas en interrogatorios le hicieran trizas el cerebro con sus salvajes métodos...

—El presidente quiere saber todo lo relativo a tus contactos con extraterrestres —empezó el primer interrogador—. Tú no eres un desgraciado ignorante de los que nos traen a menudo. Eres inteligente para haber alcanzado la posición que ocupabas. Si eres inteligente evitarás que te hagamos padecer todo un infierno, sobre todo porque al final hablarás de todos modos. ¿Has comprendido?

—Quiero hablar con el Consejo.

—No.

—¡Sólo puedo decirles a ellos lo que quieren saber!

—Tenemos órdenes. Y vamos a cumplirlas.

—¿No comprenden? ¡Esto será el final para todos!

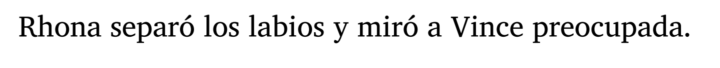
—Empieza por el principio, Metaixas. Es tu última oportunidad.

Sacudió la cabeza, temblando. Le levantaron en volandas y cuando se dio cuenta de lo que le rodeaba estaba sujeto en una complicada mesa de metal, de la que surgían multitud de conductores.

Cuando el interrogador principal accionó el primer conmutador, Metaixas exhaló un ronco alarido que vibró contra la roca con tal violencia que a él mismo le laceró los oídos.

Y aquello sólo era el principio...

* * *


Rhona separó los labios y miró a Vince preocupada.

—Tienes aspecto de agotado, cariño —murmuró.

—Puedo soportarlo. La nave era un cargo dirigido a distancia, lo que significa que deben haber otras tripuladas... y hombres de otro mundo preparando nadie sabe qué. Nadie excepto ese Metaixas de que te hablé por el video.

—¿Y el Consejo?

El se estremeció.

—Han dado orden de interrogarle. Si es cierto lo que he oído contar de esos interrogatorios, son una salvajada que habría que eliminar... aunque en un caso como éste, no sé, pienso que de Metaixas puede depender el porvenir de la humanidad.

Desde el cuarto de su hijo, Madge exclamó:

—¿Y si no habla, Vince?

Este no supo qué replicar. Y entonces sonó el videoteléfono y él estuvo junto al aparato de un salto.

El rostro sombrío del comandante de la Guardia del Consejo apareció en la pantalla.

—¿Capitán Scott? El presidente le espera. He mandado un *autoplan* oficial en su busca.

—¿Saben ya lo que ocultaba Metaixas?

—Sabemos dónde están los extraterrestres. Los cómplices de Metaixas han sido detenidos también y no tardarán en confesar. Carecen de la entereza de su jefe.

—Pero ¿qué traman esos seres, y...?

—Eso aún no lo sabemos... Metaixas ha muerto.

La pantalla se oscureció. Vince soltó una sarta de juramentos, lleno de cólera. Rhona susurró:

—Cálmate, Vince...

—¡Esos malditos matarifes!

—Trabajan para nuestra seguridad, Vince —dijo Madge desde la puerta—. No los maldigas.

—Creo que la única seguridad que protegen es la del Consejo, Madge.

La llegada del veloz vehículo oficial cortó la discusión y Vince partió. Le acompañaban tres oficiales y el conductor, quien de repente se puso rígido, escuchando por el diminuto auricular que llevaba incrustado en el oído.

Luego buscó una salida de la cinta elevada, cambio de dirección y aceleró hasta una velocidad de vértigo. El oficial que se sentaba junto a Vince preguntó:

—¿Qué ocurre, Herns?

—Cambio de ruta.

—¿Hacia dónde?

—A Float Mountain.

—¿Tan lejos de la ciudad?

—Esa fue la orden.

De pronto el vehículo abandonó la cinta, posándose sobre una ancha carretera de metal que bordeaba el mar. Aunque ahora se deslizaba sobre sus ruedas, la asombrosa velocidad a que viajaba, daban la sensación de que aún siguiera volando.

Treinta minutos más tarde vieron una cadena de luces rojas y el conductor frenó paulatinamente hasta detenerse junto a otros grandes vehículos. Más allá de las luces rojas se alineaban más de cincuenta miembros de la Seguridad.

Un hombre corpulento se les aproximó.

—¿Quién de ustedes se llama Scott?

—Yo, mayor.

—Se quedará a retaguardia. Orden superior. Van a necesitarle para pilotar una nave que se supone bajo el mar, al otro lado de ese promontorio.

—¿Hay seres de otro planeta ahí?

—Sí. Pocos, pero ignoramos de qué armas disponen ni lo que están haciendo.

—Quisiera tomar parte en el asalto, mayor.

—Tengo órdenes de preservarle la vida, capitán. Sin embargo, se quedará, armado, con los oficiales que guardarán la salida al mar de una caverna que debe comunicar con el lugar donde están esos extranjeros.

—Bien...

Hablaban en voz baja. Y en silencio los hombres desaparecieron.

Vince, con un poderoso fusil «Lasser», se agazapó entre las rocas, cerca de donde el mar rompía con estrépito. Otros tres hombres se habían apostado a su alrededor.

Y de pronto se oyó un agudo chasquido, y gritos, y al otro lado del roquedal empezaron a relampaguear las descargas de «Lasser».

—Cuidado —susurró uno de los oficiales.

Vince vigilaba la negra boca de la caverna. Era tan negra como la tinta, y eso hizo que ninguno de ellos viera la más negra sombra que se deslizaba por la estrecha cornisa.

Un oficial comentó con voz queda:

—Me gustaría estar al otro lado. Lo están pasando en grande...

Nunca terminó. Allá delante, junto a la caverna, chispeó una breve luz anaranjada. Al instante, la roca tras la que el oficial había hablado, estalló como una bomba y el desgraciado se fue por los aires convertido en fragmentos.

Vince disparó instintivamente. Mantuvo apretado el disparador de su arma y el interminable rayo de los «Lasser» barrió la cornisa convirtiendo las rocas en materia en ebullición, desintegrando a quienquiera que estuviera allí y hundiendo la entrada de la caverna con un estrépito de increíble violencia al incidir en el mismo lugar los largos disparos de los otros oficiales.

—Me hubiera gustado atrapar esa arma con que dispararon.

El comentario del oficial estremeció a Vince, porque si quedaba otro adversario vivo...

Sólo que nadie disparó. Hasta al otro lado el estrépito y los gritos habían cesado.

Oyeron al fin la orden de replegarse y el mayor se abrió paso


entre los escasos supervivientes que quedaban.

—¡Scott! —rugió.

—A sus órdenes, mayor.

—Sabemos que hay una nave bajo el agua, al este de la caverna. Se sumergirá usted para examinarla y si consigue comprender sus controles la sacará de ahí. Pero advierta que está materialmente bajo las rocas, y en el Centro de Diseño la quieren entera.

—De acuerdo, mayor.

—Le esperaremos treinta minutos. Debe ser tiempo suficiente para una cosa u otra.

Vince asintió. Estaba girando sobre sus pies cuando el mar se alzó con una llamarada y toda la vertical pared de roca saltó en pedazos lo mismo que si hubiera estallado una tremenda bomba...

Las rocas aullaron en todas direcciones, segando vidas, aplastándose contra otras rocas con estampidos de cañón. Vince se encontró en el suelo, la cabeza cubierta con las manos y rodeado de alaridos de muerte.

Cuando la última roca cayó en el mar aún tardó unos minutos en levantarse. Sentía las piernas como si de pronto se le hubiesen vuelto de algodón...

El mayor se incorporó también. Tenía el uniforme desgarrado y el pecho lleno de sangre.

—¿Qué... qué diablos...? —balbuceó.

—La nave, mayor. Debimos pensar en eso antes.

—¡Condenación!

Miraba enfurecido los desperdigados despojos de lo que fuera un cuerpo de oficiales elegidos. No más de cuatro se movían tratando de levantarse. De los demás…

—Hechos pedazos —jadeó el mayor rechinando los dientes.

Era cierto. A pesar de su férreo dominio, Vince se apartó a un lado y vomitó.

* * *

Las estrellas brillaban más allá del ventanal de la terraza. Vince estaba tendido allí, aún sobrecogido por todo lo que había vivido las últimas horas, de modo que cuando Rhona fue a reunirse con él apenas advirtió su presencia.

—Ahora, cuéntame —musitó la muchacha sentándose a su lado—. Te sentirás mejor echándolo fuera.

—Es sencillo. Poseían la técnica suficiente para provocar un terremoto que hubiera destruido la ciudad entera, con el palacio y el Consejo... Después, Metaixas y los otros habrían tomado el poder.

—Pero ¿por qué esos seres extraños...?

—Necesitaban titanio refinado. Por lo poco que sé, lo necesitan para sobrevivir en su mundo, aunque más bien creo que lo precisan para sus naves de guerra. Metaixas se había comprometido a facilitárselo en gran escala cuando alcanzara el poder.

—Y para eso iban a sacrificar toda una ciudad, sólo por la ambición de poder...

—Querida mía, nuestros cercanos antepasados sacrificaron a la humanidad entera por el mismo motivo, el poder y la riqueza. De modo que no es nada extraño que aún quede quien siga pensando igual.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y sus labios se unieron con voracidad. Una luna tímida asomó en lo alto y su luz de plata bañó la tierra y el mar, y Rhona bajo las estrellas, se erigió en parte integrante de aquel amor que vivían dos seres sumidos en el eterno sentimiento que el progreso no había podido desvirtuar.

F I N